

APUNTES

DIRECTOR: ELIAS JIMENEZ ROJAS

☛ SUPLEMENTO N^o 13 ☚

10 DE DICIEMBRE DE 1944



SAN JOSE DE COSTA RICA

APARTADO 230



IMPRENTA TORMO

APUNTES

DIRECTOR: ELÍAS JIMENEZ ROJAS

SUPLEMENTO

No. 13

SAN JOSE DE COSTA RICA

10 DICIEMBRE DE 1944

INGLATERRA

APARIENCIA Y REALIDAD

por D. W. BROGAN

(Fondo de Cultura Económica, México)

(Trazos escogidos por e. j. r.)

*Tienen su encanto estos ingleses,
y más vale que nos acostumbremos a ellos,
porque, cuando resbalan,
caen sobre los propios pies o sobre los ajenos.*

OGDEN NASH

* * *

... Mas los perfeccionistas no son tan numerosos ni peligrosos como los que creen en lo que llamo "plástica política". Estos técnicos son fieles creyentes en las soluciones nuevas e inmediatas. La historia pasada y la complejidad actual de la mayor parte de los problemas políticos deja imperturbable su fe en la doctrina de que, con tal o cual fórmula, pueden extraerse de la tierra casi sin dificultad las enredadas y carcomidas raíces del árbol ponzoñoso de la locura

y la maldad humanas, y que el árbol mismo puede transformarse en cosas nuevas y relumbrantes que todos los pueblos acogerán y usarán. Pensar que sólo vale la pena luchar por un cambio profundo e improbable de la mayor parte o todas las instituciones humanas, es una actitud bien distinta a la creencia de la escuela plástica de que basta con un nuevo gobierno moderno o un sistema bancario o uno de archivo.

* * *

Hace mil seiscientos años, San Gregorio Magno dijo que algunos niños ingleses eran ángeles, no ingleses. Desde entonces, son pocos los extranjeros que han cometido un error igualmente risible. Pero aunque a los ingleses se les ha calificado de todo, menos de ángeles, desde que empezaron a llamar la atención en el extranjero, ha variado de una época a otra la clase de atención que han despertado. Froissart observó que disfrutaban sus placeres con tristeza; Erasmo comentó la encantadora costumbre de las muchachas inglesas de besar a todos los visitantes con gran entusiasmo. A medida que crecía el poder del Estado inglés, los extranjeros tendieron a subrayar los aspectos menos simpáticos, pero más impresionantes, del espíritu de los ingleses.

* * *

Mas el secreto de la actitud inglesa hacia las distinciones sociales y de clase se encontrará en el sistema escolar. No hay ningún otro país en el que

tenga una importancia tan permanente el tipo de educación recibida. En todos los países modernos los sistemas pedagógicos han sido objeto de controversias y hasta de discusiones racionales. ¿La educación deberá ser laica o religiosa? ¿Deberá estar sometida a una dirección central o local? ¿Se deberán permitir escuelas particulares no dirigidas por el Estado? ¿Deberá tender la educación a crear un carácter nacional unificado? ¿Deberá ser únicamente literaria, científica o técnica? ¿Deberán las mujeres dar clase a los niños? Hé aquí algunos de los problemas que han preocupado a los pedagogos de Estados Unidos, Francia, Escocia y Alemania. Todos ellos han preocupado también a los de Inglaterra, pero sobre todas estas controversias ha predominado en Inglaterra el llamado problema (o sistema, si es que agrada más este nombre) de las *public schools*. Aun en el caso de que todos los demás problemas se hubieran resuelto rápida y amistosamente, quizá habría subsistido éste. No se han resuelto todos los demás ni rápida ni amistosamente, y aun en los casos en que sí lo han sido, las soluciones a que se ha llegado no han afectado el problema de las *public schools*.

El mismo nombre de *public schools* da idea de la complejidad del problema, porque en Inglaterra no son públicas en lo más mínimo, en el sentido corriente de la palabra. No las dirige lo que en general se llama entidades públicas y están muy lejos de desear servir al público en general. Su nombre proviene de los tiempos en que el Estado inglés no

asumía responsabilidad ni tenía interés alguno en la educación. Su título establecía un contraste con las escuelas *privadas* dirigidas por particulares o por comités sin personalidad jurídica. Las *public schools* eran dirigidas por comités que se perpetuaban a sí mismos, que tenían a su disposición las fundaciones y donativos para ser utilizados con fines pedagógicos de acuerdo con los testamentos o escrituras de donación de los fundadores, que variaban en rango desde reyes y obispos hasta capitanes de barco retirados o tenderos. En contra de estas escuelas más o menos antiguas y más o menos bien dotadas de fondos, se encontraban las escuelas privadas, fundadas por particulares o por sectas religiosas, sin responsabilidades ante la ley y sin un lugar permanente en el sistema educativo. Unas eran buenas y otras malas, y de ambas se puede tener idea a través de las obras de Dickens. De las *public schools*, algunas eran buenas y otras malas, pero como eran instituciones perpetuas, a lo largo de sus extensas vidas tenían la posibilidad de haber sido ambas cosas en diversos momentos de su historia. Todas ellas, hasta las más famosas, aprovecharon al menos una oportunidad de ser malas.

* * *

“La melodía de la voz” quizá sea la característica más sutil del idioma, considerado como medio de comunicación social. Al variarla se establecen relaciones de sentimientos entre nosotros y los que entienden nuestra lengua. Se debe tener en cuenta este

requisito. Puesto que la intimidad o la "distancia", la amistad o la enemistad, el interés o el aburrimiento, las órdenes o las súplicas, el respeto o el desacato, se expresan por la melodía de la voz, no es sorprendente que las diferencias sociales se pongan de manifiesto en la entonación. Esto lo conocen bien los que se constituyen a sí mismos en "árbitros de buenos modales", especialmente los que, basándose en una corta entrevista, recomiendan candidatos para ocupar puestos.

"El aspecto" auditivo de la voz es quizá más importante que el aspecto visual; la expresión del rostro, los gestos y la postura.

* * *

También es probablemente cierto que los individuos educados en *public schools* cuidan más de su integridad en asuntos de dinero que algunos tipos de muchachos de clase modesta que se quieren abrir paso socialmente. Tanto sus amigos como sus rivales y sus enemigos, reconocen que los que provienen de *public schools* no tienen tendencia a pasarse de listos ni a abusar de las circunstancias, ya sea en su vida pública o en su vida privada. El muchacho de *public school* es muy mal propagandista de sí mismo y de cualquier otra cosa. Cree, equivocadamente, que sus cualidades (muchas de las cuales el gran público considera como defectos) serán apreciadas del mismo modo que lo fueron por sus compañeros y hasta por sus profesores. Esto es una debilidad, pues el mundo

es el ostión del agente viajero. Pero ya hay suficientes agentes viajeros en el mundo—suficientes, por no decir demasiados—y la timidez, la cortedad o el orgullo de los muchachos de *public schools* resultan atractivos, aun cuando sean un lujo nacional.

* * *

La exportación más típicamente inglesa a Estados Unidos (aparte del idioma básico) fue el derecho consuetudinario; pero si se desea contemplar este derecho en todo su formalismo pintoresco, con sus ficciones y sus chifladuras, su lentitud y sus ambigüedades, hay que ir a buscarlo a Nueva Jersey, en Estados Unidos, y no a Londres ni a los edificios góticomodernos de los Tribunales en el Strand. Dickens o cualquier otro reformista legal del siglo pasado se encontraría más en su ambiente en Trenton que en Londres, donde, a pesar de la supervivencia de las pelucas, de la piel de gris y de los maceros, el sistema legal se ha modernizado, se ha hecho más sencillo, más rápido y más eficaz; es decir, todo lo que se puede desear a excepción de barato.

Todas las facetas de la vida política inglesa se caracterizan por esa misma fachada arcaica que oculta interiores modernos. El método favorito de los ingleses en política consiste en cambiar todo lo que sea necesario, menos la apariencia de las cosas. Todavía se dirigen al "Rey, Nuestro Señor" con toda la humildad medieval, más un barniz de servilismo cortesano alemán, pero el rey, en realidad, tiene mucho más de símbolo que de poder. La Cámara de

los Lores mantiene su ceremonial con el más solemne desprecio del hecho de que en la actualidad constituye la Cámara Alta más débil del mundo. El Primer Ministro, el funcionario más importante de Inglaterra, no fue reconocido oficialmente sino hasta entrado este siglo. El Parlamento imperial de Westminster ha dejado de legislar para una gran parte del Imperio; puede, en teoría, deshacer lo que ha hecho y recoger todo lo que otorgó en el Estatuto de Westminster, pero, naturalmente, no lo hace; como tampoco vota leyes de proscripción, ni confisca bienes, ni quita la vida o la libertad a las gentes sin seguir el proceso legal correspondiente, salvo en casos muy extraordinarios. Pero si tal deseara, tiene poder para hacer todo ello. Porque la ley no es una recopilación sagrada y misteriosa de principios inalterables, que se revela a través de las decisiones de un Tribunal Supremo, sino que la constituyen los acuerdos del Parlamento. Y éste puede aprobar lo que se le antoje.

Esta es la diferencia más importante entre el sistema político inglés y el norteamericano, más que el hecho de que uno de ellos sea "monarquía" y el otro "república". Los pedantes podrían aducir que la presidencia de Estados Unidos es una institución mucho más monárquica que la corona inglesa moderna y que, al aceptar el poder ilimitado del pueblo soberano, el sistema parlamentario inglés es más republicano que el sistema tan complicadamente dividido de Estados Unidos. Pero estos distingos formalistas no son del agrado de los ingleses. Una distinción mucho más

concreta estriba en que el sistema inglés está pensado, y en cierto modo ha logrado el resultado apetecido, para que sea fácil determinar la política que se va a llevar a cabo y quiénes han de ser los que traduzcan ésta, en leyes y en gobierno. Durante el curso de un Parlamento, que suele durar casi tanto como un período presidencial, un grupo conocido de personas tiene poder absoluto sobre todos los asuntos importantes relativos al gobierno de Inglaterra, para obligarla en tratados o compromisos internacionales y para hacer cambiar mucho o poco al país, según lo deseen. Más de una vez, y sobre todo en los años que siguieron al armisticio, el mandato que se dio a los políticos victoriosos consistía en que hicieran lo menos posible; pero esto no deja de ser, sin embargo, una política positiva. No debe confundirse con la situación que se presenta cuando el pueblo de Estados Unidos ha autorizado a un presidente para que lleve a cabo cierta política, al Congreso para que haga otra diferente, y a la Suprema Corte para que evite que, tanto el presidente como el Congreso, hagan algo que está prohibido por ese difuso concepto de anti-constitucionalismo, o, para ponerlo en romance, cualquier cosa que no les guste a los jueces.

* * *

El norteamericano usa la palabra democrático sólo parcialmente en un sentido político; se refiere a un ambiente y a una actitud nacional que es casi imposible definir, pero que es, al mismo tiempo, in-

confundible. Es un ambiente en el que todas las formas de desigualdad (excepto la económica) se encuentran a la defensiva, y en el que se supone, hasta que no se demuestre lo contrario, que un hombre vale tanto como cualquier otro y que la expresión de diferencias innatas de capacidad no se verá restringida por barreras artificiales. Y en la misma aceptación de la desigualdad en el aspecto económico los norteamericanos suponen (cosa que puede tener justificación o no) que tal desigualdad tiene o tuvo recientemente una justificación social. Inglaterra no se parece en nada a esto. Es un país en el que se fomenta la desigualdad y en el que hasta organizaciones cuya existencia misma constituye una protesta contra las formas más repugnantes de los privilegios, elevan su voz en un tono que asombra por lo poco escandaloso.

No se debe tomar demasiado en serio la aparente docilidad y falta de confianza en sí mismo del obrero inglés. Constituye, con frecuencia, el fruto de la aceptación realista, aunque descreída, de que no se progresa a grandes brincos y que es una majadería tirar el mendrugo de ganancias de poca importancia pero reales, por el pan de la igualdad perfecta que se ve en el agua. El obrero inglés considera que ha adelantado más y ha obtenido ganancias más importantes que el de cualquier otro país europeo, y si la comparación con Estados Unidos, y especialmente con Nueva Zelanda, no resulta tan favorable, el inglés sabe que él y sus gobernantes no están explo-

tando los mismos recursos naturales que los norteamericanos o los neozelandeses.

Esta aparente resignación provoca naturalmente el asombro un tanto despectivo de los observadores de otros países democráticos como Francia, Estados Unidos o Escocia, donde la actitud democrática primordial se manifiesta por la insistencia en la igualdad. Y es cierto que, como dijo Chesterton, el obrero inglés se interesa menos por la igualdad de los hombres que por la desigualdad de los caballos.

Pero aunque el inglés no está enamorado de la igualdad, siente una verdadera pasión por la libertad y por el derecho.

* * *

Para juzgar a los ingleses hay que conocerlos, no sólo económica, sino socialmente. Inglaterra ha progresado tanto como cualquiera de los grandes países, y un país pequeño tiene posibilidades de progresar mucho más, porque elude las responsabilidades de los grandes. El Estado inglés moderno se ha conquistado de modo notable la confianza de los gobernados, en un grado que ha cooperado a la salvación nacional. Si los ingleses tuvieran una actitud más descreída hacia su gobierno, quizá fueran más listos, pero no más inteligentes. Hasta la misma hipocresía inglesa, esa costumbre nacional tan vituperada, tiene su lado útil. No es únicamente que se pueda mantener la confianza pública echando tierra a los escándalos, sino que en una sociedad en que la corrupción

sería una verdadera novedad cuyo horror sobrecoge a las gentes, éstas se abstienen de hacer ciertas cosas porque no están bien vistas. No cabe duda que se les facilitan las cosas a algunos bribones, pero también se les facilitan a los hombres débiles que no son sinvergüenzas, y que pueden resistir más fácilmente la tentación si el cohecho les parece algo nuevo y espantoso. No hay país en el mundo en que la reputación privada de los políticos esté tan por encima de la pública, como en Inglaterra. En ningún país tiene la gente tan poca disposición a sospechar o a caer en la locura de pensar que "alguien tiene participación en este negocio". No es en Inglaterra donde corren rumores como el de que Churchill se fué a Egipto para tener una entrevista con Rommel, ni tampoco donde la prueba de ser hombre de mundo es pensar que toda la gente es mentirosa. La convicción de que los gobernantes son bastante veraces, valientes y honrados, fue la armadura ante la que se estrellaron en vano los ataques de Goebbels. Y si bien no eran totalmente acreedores a esta confianza, tampoco fue del todo inmerecida.

El reblandecimiento de la vida inglesa, la disminución del partidismo violento, la buena voluntad entre las clases sociales que, si bien no era del todo auténtica, tampoco era del todo falsa, dieron prueba de su valor durante la gran crisis de 1940-41. Por muchas razones y, a mi modo de ver, especialmente a consecuencia de la instrucción pública, Inglaterra se había convertido en uno de los pueblos más educa-

dos. Los policías amenazadores y los sargentos brutales habían dejado ya de ser héroes nacionales; y ya era hora de que así sucediera. Si no hubiera sido por la tradición de buenos modales, de mando tranquilo y de disciplina espontánea, quizá habrían sucedido cosas muy graves en Londres durante los últimos meses de 1940. Cuando tanto dependía, no sólo del valor, sino del buen genio y del dominio de las emociones, el sistema inglés, el nuevo sistema inglés de hacer las cosas, demostró su capacidad. Tendrían que ser muy fuertes las voces para apagar el rugir de los cañones y pocas son las órdenes e interjecciones que atemorizan más que las bombas.

* * *

La guerra pasada no tuvo casi ningún efecto sobre esta tendencia progresista hacia una sociedad más pacífica y menos violenta. La experiencia de millones de hombres, repartidos por todo el mundo, que se acostumbraron durante más de tres años a la violencia, no tuvo ningún efecto digno de apreciarse sobre el deseo cada vez menor de los ingleses de solucionar sus disputas o de mejorar su condición económica por la violencia.

* * *

El patriotismo a la antigua consistía en sentirse ligado a cierta región; o en ser leal a cierta dinastía u organización política, o a una religión; o se basaba sencillamente en antipatía por los "extranjeros", mote que comprendía a los habitantes del poblado más

próximo. Podían existir Estados que desafiaran todos los dogmas nacionalistas modernos, que no eran unos en raza, idioma, religión o aun en estructura política. Mientras el reino de Hungría se conformó con llevar sus asuntos en latín y permitió anomalías tales como el Estado semi-independiente de Croacia, estuvo más o menos unido. Pero tan pronto como los magiares se empeñaron en hacer obligatoria su lengua exótica, e insistieron en convertir en magiares a todos los súbditos de la corona de San Estebán, crearon nacionalidades nuevas con la rapidez con que fortalecieron la propia. Los eslovacos, los croatas y los rumanos imitaron a sus amos. Y no fue este el único ejemplo. Como indicó Renan a David Strauss, tan pronto como en Europa central los alemanes principiaron a enloquecerse de orgullo racial, a reconocerse como pueblo de elección divina y no sólo como pueblo principal del mosaico racial del centro de Europa, las demás reaccionaron. El nacionalismo checo, el italiano, el polaco, se debió al ejemplo dado por Alemania. Es dudoso que hubiera sido posible la fundación de Bélgica o de Suiza, después de 1870; era entonces demasiado fuerte la creencia de que sólo los estados-nación unidos tenían derecho a existir. Y, sin embargo, desde cualquier punto de vista, menos el nacionalista, Bélgica y Suiza son estados más civilizados, más útiles y más prometedores que ciertas aglomeraciones puramente nacionales que podrían citarse.

* * *

Bien puedo imaginar que en una India independiente quede desplazado Gandhi; y bien puedo creer

que quedarán a la cabeza los realistas: pero no que nadie pueda identificarlos ahora o saber quienes serán. Es muy poco probable que sean oradores parlamentarios o políticos "demócratas". Los actuales gobernantes del mundo constituyen un grupo bastante variado; igual que sus antecesores inmediatos. Sabemos que Hitler es un artista fracasado y un pintor de brocha gorda más o menos competente. Mussolini fue un periodista socialista. El general Chiang Kai-Shek es un soldado profesional. Stalin es un sacerdote descarriado convertido en revolucionario profesional. Churchill ha sido todo menos abogado; y el ser abogado es uno de los aspectos menos importantes de las dotes del presidente Roosevelt. De modo que defensores tan eminentes como Gandhi y Nehru serían los primeros, si es que dieran la talla, y si—únicos en la tribu de los abogados—salieran con éxito de la tormenta revolucionaria en que se han hundido tan rápidamente abogados tan perspicaces y elocuentes como Blum y Keresnki.

El estudio de las lenguas y el de las matemáticas nos parecen constituir el objeto capital de la 1.ª y 2.ª enseñanza.

LOS PAPELES DE VICTORIANO SARDOU

Sardou no escribió memorias. A la carrera, sin preocupaciones de ningún género, apuntaba día a día todo lo que pudiera servirle para redactar sus memorias, cuando la edad no le permitiera hacer otra cosa mejor. La muerte lo sorprendió a los 77 años con dos dramas entre manos y documentándose para otros trabajos. De esos apuntes, publicados por G. Mouly, tomo y traduzco los siguientes renglones.

1.—Comí ayer en casa de Mme. Pillaut; comida encantadora en la cual, de la sopa al champagne, no se habló más que de música, de poesía y de pintura. Encontré ahí a Gounod, que había ido con la Señora, y comencé con él una relación deseada que terminará de seguro en algo bueno. Es un bonachón de gran valor, por lo que he podido ver; artista hasta el extremo de las uñas, lleno de su arte, entusiasta hasta el punto de hacerle parar los pelos de la cabeza a cualquiera. Los burgueses lo encuentran talvez pedante, pero estoy convencido de que su modo extraño de hablar es efecto de

una convicción ardiente y ávida de simpatías y de la necesidad ingenua de expansión, necesidad que nadie más que yo está obligado a comprender. En fin, es el primer artista, el primero, . . . que haya correspondido a mi esperanza y que me haya hecho decir: ¡Aquí hay un hombre!

Los músicos son gustosamente estúpidos y nulos fuéramos de su arte; pero éste es inteligente en todo y he encontrado en él esas famosas aves que busco en vano desde hace tiempos, las ideas generales, las famosas ideas generales. Yo no sé bien hasta donde tal hombre podría seguirlo a uno en historia o en filosofía. Mas no pidamos demasiado a los músicos. Poseen un arte maldito que no necesita de otras cosas. Hay pues que agradecerles, más que a los pintores, conocimientos adquiridos por el solo placer de la inteligencia y verdaderamente del alma.

Su Señora, que es hija de Zimmerman, era la única mujer de la comida, fuéramos de Mme. Pillaut. Yo esperaba con un gran sentimiento de curiosidad que Gounod se lanzara un poco; ¿pero se lanzaría este original?

Esta vez, sí. Se sentó, desplegó su servilleta,

respiró con fuerza y sintiendo el aire bueno para el alma e impregnado de olores artísticos, se lanzó con las dos alas y por toda la velada. Nos enardecimos todos, dos pintores, un arquitecto, un músico alumno de Gounod, y nos tirámos de los cabellos a propósito de lo bello, de la forma, del color, de los realistas, etc.

Mme. Gounod decía modestamente alguna palabra que respiraba siempre una admiración conmovedora hacia su marido. Música, lo es con toda seguridad. Oyéndola, me decía yo: "Vamos, comprendo a Gounod; su esposa no vive más que para la música y para él, que puede estimarse muy feliz!"

La velada se pasó de un modo delicioso. Como final, Gounod se sentó al piano. Canta perfectamente y con extrema originalidad. Después de un magnífico trozo de Beethoven, cantó el aria del gran sacerdote del *Misterio de Isis*; luégo un trozo de Lully que nos hizo admirar a Lully; el canto de Caronte: "Hay que pasar tarde o temprano, hay que pasar en mi barca". Este tarde o temprano hace el efecto de una guillotina, es el infierno con todos sus horrores, y una sencillez y una grandeza.... Gounod tiene razón para ver en Lully al padre de Gluck,

Hacía alternativamente el coro de las sombras y las respuestas del maldito anciano; todo un poema, algo de inmenso. No sé si no es más bello que el coro de Gluck, las sombras y Orfeo. En seguida fugas de Bach, un trozo de Haydn, etc. Después, volviendo Gounod al canto, nos ha regalado con tres romanzas adorables: una sobre palabras de Baïf, con su perfume de viejo lenguaje; otra, *Los Campos*, sobre una canción de Béranger; y la tercera, una obra maestra, *Venecia*, una verdadera obra maestra; la poesía es de Musset, linda y elegante, y la música!... Una frescura, un carácter y un acompañamiento!... Decididamente, este Gounod es un hombre incontestable!

(Estamos en 1855 y Sardou tiene 24 años).

2.—Por disidencias caseras, Sardou hubo de separarse del hogar de sus padres demasiado temprano. Sus primeros pasos en el campo de las letras fueron por lo mismo muy penosos. Algo enfermizo y extremadamente pobre, sostuvo heroicamente sus primeras luchas. Para confortarlo en ellas, la suerte le deparó un compañero y protector excepcional: Emilio Goujon, astrónomo del Observatorio Imperial de París, un poquito mayor que Sardou. Dirigía el Observatorio en ese momento Le Verrier, sucesor de Arago.

Minado por diversas tribulaciones, Goujon murió casi repentinamente, dejando desolados a su novia y a sus amigos íntimos. Sardou se encargó del arreglo de los papeles. Para ordenar la correspondencia, tuvo que leer las cartas de la madre "con la cual no habría podido vivir yo ocho días. Por la primera vez supe del asesinato de un hijo a alfilerazos". Supe también quién era Eugenio Jumelin, una naturaleza verdaderamente buena y dulce como la de Goujon. Era Jumelin, un verdadero artista, empleado en el Louvre, y vivía bastante bien de su trabajo: decididamente creo que sólo él tiene corazón. Casado con una romana, mujer tranquila, modesta, silenciosa, vivían en una pequeña habitación primorosamente decorada. Tienen una adorable niña de nueve años que se llama Sabina, el ángel de la casa. Viven apartados, con tierno amor. Jumelin mima a su hija que es una naturaleza de flor y de ave y se enorgullece de quererla hasta el extremo. Soy absolutamente de su parecer. Los niños cometen sus travesuras, pero su corazón es siempre bueno; la edad y el roce de los compañeros, y más tarde, de los hombres, hacen desaparecer los pequeños pecados. Mientras que un sér criado severamente

por sistema, permanece siempre rencoroso, torcido de espíritu y de corazón, y termina en falso o solapado”.

(Estamos en 1856).

3.—He escrito a Finck. Traduzco su literatura alemana, aunque no sea yo tan estúpido como sus novelas. En cuanto a Mme. de Staël, yo no recuerdo casi su Alemania. Pero para no estar muy lejos de la verdad, hay que suprimir no menos de la mitad de lo que ella dice. Creo en su apreciación de Kant y en su juicio sobre Goethe y Schiller. Ella era una gran habladora acerca de todo y a como saliera, y después se ponía a escribir sobre lo que había podido comprender (procedimiento que se lo ha robado George Sand). Yo he examinado bien a Alemania en mi vida y después de haber sido su idólatra, he reconocido al fin que hay más apariencia en ella que fondo y que hay muchas nueces huecas.

Tengo también un curioso artículo sobre Mozart en París, obligado a dar lecciones para vivir y salir después de un año de miseria sin haber encontrado alguien que le prestara un escenario. Hé ahí por qué pruebas tiene que pasar uno cuando tenga un *Don Juan* en la cabeza. Pero no hay que desanimarse y es lo que hago yo,

4.—Balzac decía con razón que hacer representar una pieza constituye un drama más difícil que escribirla. El lo sabía bien, quien con todo su genio y toda su reputación no lograba hacer representar lo suyo y no lograba más que hacer silbar *Ruinola* y rehusar en todas partes *Mer-cadet*.

Hay que conocer la vida parisiense y sobre todo el teatro, para saber que las representaciones dramáticas pueden costar esfuerzos, energía, astucia paciente, sin hablar del talento que se ha vuelto ya la cosa más común, más vulgar del mundo, desde que nadie posee genio.

La Dama de las Camelias ha corrido cuatro años de teatro en teatro, sin que nadie quisiera representarla, a despecho del nombre de Dumas hijo. Es la suerte de todos los principiantes en esta terrible carrera; pero venga un primer éxito, y todo está hecho. Se puede entonces hacer las peores piezas, seguro de encontrar un director inepto para recibirlas y un público más inepto para aplaudirlas. Una velada hace nuestra fortuna. Vale pues la pena de prepararla durante largos años de trabajo.

(Estamos en 1858).

5.—El discurso es la mentira oficial. Por esto

me he negado siempre a pronunciar uno, salvo caso de fuerza mayor.

El que cerca de un ataúd, o en la inauguración de una estatua, en una recepción académica, en una fiesta, en un banquete, etc., dijera sinceramente, francamente, lo que piensa, por más retórica con que envolviera su pensamiento, sería desaprobado o vituperado.

Está pues obligado a mentir nueve veces sobre diez, sin que se pueda saber exactamente cuál es la vez en que ha sido sincero.

El discurso de negocios, a puertas cerradas, entre colegas, políticos, financistas, escritores, sabios, industriales, perfecto.

Pero desde que entra el público, hay efectos oratorios, hipocresía, charlatanismo y mentira.

(Estamos en 1902).

6.—La Humanidad no cesa de colmar de honores, después de la muerte, a las personas que ha dejado morir de hambre o a las que ha ultrajado durante su vida, y esta exaltación de los difuntos tiene dos razones.

La primera, es que ellos no incomodan ya a nadie.

La segunda, es que cuanto más se les engrandece, más fácil es empequeñecer a los vi-

vos . . . estos mismos vivos que serán a su vez grandes hombres, y tendrán a su vez estatuas y servirán a su vez de términos de comparación para aplastar a los pobres diablos de genios por venir.

Y lo que me extraña en esto, no es que la cosa suceda, puesto que está muy bien en la naturaleza humana; lo que me maravilla es que el odio y la envidia quieran perdonar a los muertos el genio; me extraña sobre todo que esta glorificación exagerada de los difuntos y este empequeñecimiento no menos excesivo de los que gozan de salud engañe a todos, inclusive a los alentados mismos que llevan su humildad hasta creerse pequeñitos al lado de esos famosos hombres cuya muerte constituye su mayor mérito. Molière se humilla delante de Terencio y La Fontaine delante de Esopo.

(Estamos en 1902).

7.—No es un crimen cambiar de opiniones. Todos los hombres lo han cometido más o menos. La práctica de la vida, las lecciones de la experiencia, el estudio más profundo de la historia, etc., todo nos transforma casi sin que nos demos cuenta de ello y hay pocos hombres que a los cincuenta años conserven las ilusiones y

las adoraciones por las cuales se habrían hecho matar a los veinte.

Lo que es despreciable es que esta transformación de nuestras creencias coincida exactamente con la de nuestros intereses.

8.—He frecuentado poco a Zola. El me había reventado en otro tiempo sin rima ni razón. Más tarde lo ha sentido, yo creo, porque me ha hecho y me hace insinuaciones amistosas. Hemos sido buenos compañeros desde que él comprendió que no es tan fácil ser autor dramático como novelista.

Sus ataques no me han impedido de votar por él dos veces en la Academia. No es que yo haya sido de sus grandes admiradores. Su falta de idealismo, su bajeza constante, material y moral, me descorazonaba y me impedía a menudo leer hasta el fin. Pero yo apreciaba también sus grandes cualidades de colorista. Tiene páginas soberbias y descripciones de primer orden.

9—Acabo de oír un disco de Caruso, es prodigioso!

Teófilo Gautier ha dicho en broma: 'Talvez

se sepa un día poner la palabra en botella y, para oírla, bastará quitarle el tapón”.

Este sueño que él mismo no tomaba en serio se ha realizado. Qué pesar para los de mi edad que esta invención de hadas sea tan reciente, y que con los artistas de nuestros días no pueda yo evocar también los que han encantado mi juventud!

Si examinamos los impulsos que nos llevan hacia adelante, encontramos que ninguno es tan potente para el progreso como el anhelo de expresión individual, el deseo de crear algo. Quizá la mayor felicidad humana la da el logro personal. Allí descansa el mayor impulso del instinto constructivo de la humanidad.

Pero sólo puede prosperar en una sociedad donde el individuo tiene libertad y estímulo para su esfuerzo.

Herbert Hoover.

El hombre, al acostarse, puede contar sus pérdidas; sus años únicamente no le abandonan, aunque pasan; cuando los revista y los llama, responden: “¡Presente!”. Ninguno falta a la lista.

Chateaubriand.

Algunas páginas de

El Desarrollo de las Ideas en los Estados Unidos

Tomo III, Año 1943

por Vernon Louis Parrington
Traducción de Antonio Llano

Selección de e. j. r.

(Ver cuadernos 4 - 5 - 10 - 11 - 12)

I.—LA ESCUELA DE SPENCER.—JOHN FISKE

John Fiske fue el vocero más autorizado del grupo de pensadores distinguidos que se dedicaron a naturalizar la filosofía de la evolución en los Estados Unidos.

Habiendo estudiado a Spencer, Fiske se convirtió en discípulo entusiasta del filósofo y se consagró con empeño, a la gran causa de la evolución. Para esto le era necesario estudiar sin descanso. En Harvard, le era difícil tratar a sus rutinarios profesores con debido respeto; pues, mientras que ellos y los otros estudiantes batallaban con raíces griegas y latinas, él exploraba todo el campo de la filología y

se internaba en la sociología comteana. En vez de agotar su energía escribiendo acerca de los temas gastados de usanza, escribió, a la edad de diecinueve años, un análisis crítico de la *History of Civilization* de Buckle para la *National Quaterly Review* (Revista Nacional Trimestral); y mientras se preparaba para sus exámenes finales escribió un artículo erudito sobre "The Evolution of Language" (La Evolución del Lenguaje), que se publicó en *The North American Review* (Revista Norteamericana).

Antes de ingresar en Harvard, Fiske tenía el plan de escribir una historia del cristianismo primitivo; pero su interés en asuntos científicos lo atrajo a otros campos—al de la nueva interpretación sociológica de la historia que halló en la *History of Greece* (Historia de Grecia) de Grote, y al de la especulación científica, al cual lo introdujo el *Cosmos* de Humboldt. En este último campo entró con verdadera voracidad, y entre otras obras leyó el *Règne animal distribué d'après son organization* (Distribución del reino animal según la organización) de Cuvier, los *Outlines of Astronomy* (Compendio de Astronomía) de Herschel, el *Système du monde* (Sistema del mundo) de Laplace, la *Zoölogy* (Zoología) y el *Essay on the Classification of the Animal Kingdom* (Ensayo sobre la clasificación del reino animal) de Agazzis, y, con el júbilo de quien hace un gran descubrimiento, el *Origin of Species* de Darwin. Vigorosamente rechazaba la teoría, de-

fendida por Agazzis, de la creación independiente de las varias especies, y estaba así preparado para recibir con entusiasmo la esmerada y sistemática exposición de Darwin. Ningún otro joven norteamericano de su generación siguió tan de cerca ni con tanto discernimiento el desarrollo de la escuela evolucionista inglesa. En conocimientos sólidos y en curiosidad intelectual, Fiske iba muy adelante de Henry Adams, que entonces era un joven diplomático residente en Londres.

Spencer había permanecido agnóstico, negándose a filosofar acerca de lo incognoscible, e implícitamente aceptado un cosmos de determinista; pero Fiske se colocó en una elevada posición teísta, afirmando que de la evolución se infiere la existencia de una inteligencia creadora, mucho más amplia y noble que la supuesta en la teología antropomórfica y cuyo plan, según se revela en el desarrollo del universo material, obliga a la creencia en un Dios benévolo y a la creencia también en "la fuente eterna de la ley moral que entra en todas las acciones de nuestra vida y en la obediencia a la cual se halla para nosotros la única garantía de la felicidad incorruptible".

Sin duda fue a este énfasis en las consecuencias teístas de la evolución a lo que se debió que la doctrina fuese tan pronto aceptada por los unitarios y liberales de la Nueva Inglaterra; mas, para Fiske, fue el fin de su labor como corifeo intelectual. Des-

pués del triunfo de la causa, se desentendió de ella para ocuparse en tareas menos fructuosas, cesó de interesarse en los descubrimientos científicos, y al fin se dedicó a escribir la historia de América. Considerados en conjunto, los resultados que obtuvo en este campo dejan mucho que desear. En sus esfuerzos por dar una nueva interpretación a la historia de los Estados Unidos, tropezó con obstáculos muy graves, pues le faltaban conocimientos adecuados y una filosofía adecuada.

II.—LA CASA DE LOS ADAMS

El robusto y vigoroso carácter de la Nueva Inglaterra, con su individualismo independiente y su integridad inflexible, nunca floreció con más lozanía que en la casa de los Adams, y de éstos, los de la cuarta generación fueron quizá los que pusieron más de manifiesto los rasgos distintivos de esa notable familia. Eran intelectualmente curiosos, adictos al racionalismo; conservaban la seriedad de espíritu y el sincero positivismo del siglo dieciocho, y nunca sacrificaron sus ideas para granjearse la buena voluntad de los hombres. En Charles Francis Adams hijo, Henry Adams y Brook Adams, hallaron completa expresión las virtudes de la independencia, la integridad intelectual y la crítica desinteresada características de la ilustre casa.

Los tres eran hijos del siglo anterior; estaban dotados de las más altas cualidades yanquis puritanas del corazón y la inteligencia, y eran tan inflexibles en sus ideas como las rocas de sus campos nativos; y muy repugnante les era la vida de fines del siglo diecinueve, en medio de las costumbres y exigencias de un orden capitalista sórdido. Aunque trataron de tender un puente sobre el abismo que separaba los dos mundos—el de tiempos ya idos y el en que vivían; aunque de buena fe trataron de efectuar alguna reconciliación que les permitiera tomar parte en la labor de sus coetáneos, sus esfuerzos fueron vanos. Era imposible que la casa de los Adams, con su rectitud de moda antigua, aceptara las costumbres y procederes de la Edad del Oropel, y ellos al fin abandonaron la ancha vía por la cual marchaban sus conciudadanos, para seguir sus propios derroteros.

En 1865, Charles Francis Adams leyó por casualidad el ensayo de Stuart Mill sobre Auguste Comte. Este ensayo, según refiere él mismo, causó una revolución en todas sus ideas. "Salí de la etapa teológica," dice, "en que me había creado, y entré en la científica... La lectura de ese librito de Mill cambió mi vida intelectual y moral".

Aunque vivió Henry Adams en medio de una política centralizadora y halló sus amigos en servidores de la centralización como John Hay y Henry

Cabot Lodge, Henry Adams no tenía fe en los ideales reinantes. Nunca fue amigo de una sociedad adquisitiva con su gobierno dominador. En vista de su máxima favorita de que "el poder es un veneno", quizá pueda mirarse como jeffersonista de moda pasada; lo cual prueba una vez más la persistencia de las ideas que le vinieron del siglo dieciocho. Era un ultraindividualista que seguía su propio camino y llegaba a sus propias conclusiones sin que lo inquietase el hecho de que sus ideas eran irreconciliablemente opuestas a las de sus coetáneos.

¡Cuántas veces y cuán rápidamente cambiamos de existencia y de ilusiones! A los amigos que nos dejan suceden otros nuevos; nuestros vínculos varían también; constantemente alcanzamos una época en la cual no poseemos nada de lo que poseíamos, ni tenemos nada de lo que tendremos. El hombre no tiene una sola e idéntica vida, sino que tiene muchas distintas entre sí; en esto estriba su miseria.

Chateaubriand

Páginas de Historia

Por ALFONSO JIMENEZ

(Escritas en el año 1900)

19 octubre de 1874.

Anúnciase oficialmente por proclama del Presidente de la República, don Tomás Guardia, firmada en la ciudad de Alajuela, el hecho de haber estallado en Puntarenas una revolución capitaneada por don Joaquín Fernández, y se dan a conocer algunos sucesos.

En efecto, a las 12 de la noche del 17, fue sorprendida la guarnición del cuartel de Puntarenas, que ocupaba el mismo edificio que las bodegas de la Aduana, cuya entrada facilitó D. Martín Zeledón, empleado de ésta, por un grupo de hombres que vivaba a don Joaquín Fernández como Presidente de la República, y tomado el cuartel, no sin que hubiera muertos y heridos. El Gobernador, don Saturnino Lizano, con algunos oficiales y los soldados que cuidaban la cárcel, resistió dos ataques de los revolucionarios y con su gente se embarcó en el vaporcito nacional *General Cañas* y se fué al Presidio de San Lucas y de éste, con la guarnición del establecimiento y los reos, al Bebedero. La toma de Puntarenas carecía de importancia si el movimiento

no era secundado en el interior de la República, y fresco estaba el recuerdo del fracaso de la revolución de los Moras. Malas noticias debió de recibir el señor Fernández, cuando pocas horas después se decidió a embarcarse e irse como lo efectuó en el vapor *Mehongo*, dejando a casi todos sus hombres diz que con la promesa de que volvería con más fuerzas. Esos hombres, en número de 150, se entregaron al Capitán de Puerto, don Francisco Roger y a los empleados y vecinos que se pusieron a las órdenes de éste contra la revolución. Parece que de los 150 sólo 8 eran costarricenses y los demás nicaragüenses y salvadoreños, quienes reclamaban sus pagas. El 19, como a las 11 a. m., se verificó una reunión de vecinos convocada por el Secretario del Gobernador, don Vicente Segreda, con el objeto de nombrar autoridades interinamente.

El propio día 19, por la mañana, fue tomado el cuartel de Liberia por otro grupo de hombres al mando de don Santos Urbina, con el auxilio de un oficial, don Félix Pérez. Resultaron varios muertos y heridos. El hecho no tuvo tampoco importancia para la revolución. Los jefes de ésta comprendieronlo así al saber lo que había pasado en Puntarenas y los preparativos del Gobierno, y trataron de escapar. En Bagaces retrocedieron 190 hombres de la revolución, en su mayor parte mercenarios, ante la vanguardia de las tropas del Gobierno. En la frontera con Ni-

caragua cerraron el paso a muchos de los fugitivos tropas enviadas por agua con tal objeto, y fusilaron a los que pudieron.

El Presidente fué hasta Liberia, pasando por Puntarenas al frente de 500 hombres, y regresó luégo en triunfo. *La Gaceta* publicó, entre otras, composiciones en verso recitadas en las fiestas que a propósito de la victoria celebró el Gobierno.

Terminó de ese modo la revolución del señor Fernández, quien volvió al ostracismo en que estuviera hasta el 12 del mismo mes y se perjudicó gravemente en su fortuna.

Para el Gobierno ello le valió una "suspensión del orden constitucional", tan cómoda como siempre; pudo prodigar títulos y otras recompensas a sus servidores y quitar de la Corte Suprema de Justicia los obstáculos que impedían que pudiesen "caminar de acuerdo" el Ejecutivo y ella. Los señores Licenciados don José J. Rodríguez y don Antonio Alvarez, Magistrado y Fiscal de la Corte, fueron declarados cesantes por el Ejecutivo y repuestos con los Licenciados don José Navarro y don José María Acosta, y nombrados el Licenciado don Vicente Sáenz, Presidente de la Corte, por estar vacante este puesto, el Licenciado don José María Ugalde para Presidente de la Sala 2.^a, en lugar del señor Sáenz, y el Licenciado don Manuel Argüello para completar la Corte.

14 de noviembre de 1876.

Por decreto del Presidente Provisorio de la República, Doctor don Vicente Herrera, se cierran las relaciones oficiales y de comercio entre Costa Rica y Nicaragua, "mientras de parte del gobierno de esta última no sea reconocida la Administración que nació el 30 de Julio de este año y no se den las satisfacciones correspondientes".

El acto tuvo por causas, —según las declaraciones hechas por el Gobierno de aquí, ya en circular dirigida a los Gobiernos de Guatemala, El Salvador y Honduras, ya en artículos publicados en el periódico oficial— el no haber querido el Presidente de Nicaragua contestar la autógrafa en que el señor Herrera le anunció su ascensión al Poder, en virtud de un "plebiscito", o mejor dicho, del llamamiento de los militares cuando desconocieron el gobierno constitucional del señor Licenciado don Aniceto Esquivel, y haber, por el contrario, manifestado el Ministro de Relaciones Exteriores de aquella república en nota de 23 de setiembre, que no daría contestación hasta que los hombres públicos que se hallaban al frente del gobierno costarricense adoptasen otra política respecto de aquel gobierno. Entre los cargos lanzados por el de Nicaragua al de Costa Rica, estaba el de consentir éste que en Liberia se publicaran hojas contra él, desde luego que por un decreto del señor Herrera no era posible publicar cosa algu-

na por medio de la imprenta sin permiso del Gobierno.

Epoca fue aquella de intrigas oscuras y aventuras centroamericanas, en que los pueblos no cosechaban sino los perjuicios y males, por desgracia no única en la historia patria. Entonces hasta se insultaban los caciques de estas tierras desde los periódicos oficiales.

24 de enero de 1878

El Gobierno expide el decreto siguiente: "Considerando: que don Federico Mora, con una fuerza formada de aventureros nicaragüenses, ha invadido la República por el lado de la indefensa población de Limón; y en tal emergencia es necesario establecer la manera en que deban ser juzgados y penados los reos de alta traición....Decreta: artº. 1: Los invasores de la República, en el caso actual, considerados como filibusteros por el Derecho de Gentes, quedan fuera de la ley" etc. . . (Firmado por don Bruno Carranza, Presidente del Gran Consejo Nacional; don A. Aguilar, Secretario accidental del mismo; don Tomás Guardia, Presidente de la República, y don Rafael Machado, Secretario de Gobernación).

Al propio tiempo dirige el Presidente señor Guardia una proclama a los costarricenses, en que se lee: "La doctrina de la inviolabilidad de la vida humana se ha practicado siempre en Cosa Rica, desde que subí al Poder, porque es el gran principio conquista-

do por la República, pero creo también que los invasores, los que cometen el delito de alta traición, los que vuelven las armas contra su Patria para entregarla herida o aniquilada a una cuadrilla extranjera, esos no deben estar amparados por la ley, porque su delito es superior a toda consideración humana. Yo he reconocido el *derecho de insurrección dentro del país*; pero no creo que deban participar de la bondad de nuestra Legislación, los que cometen el infame delito de venir armados contra su Patria”.

Reunidos el mismo día la Municipalidad de San José y un grupo de vecinos, “Acuerdan: manifestar al Benemérito General Presidente, que aplauden todas las disposiciones que ha dictado, encaminadas a conservar la paz e ilesa la Majestad Augusta de la Nación; que están dispuestos como siempre a prestar al Excmo. señor General Presidente todo el apoyo moral y material de que pueden disponer, con el convencimiento íntimo de que no ha de tomar incremento esa falange de *traidores* que pretenden imponer su voluntad y doblegar la altivez de ciudadanos libres, honrados y dignos, que están dispuestos a derramar su sangre, si fuere necesario, en defensa de la Soberanía Nacional, al lado del valiente Jefe que tan dignamente rige los destinos de la Patria”. Al pie del acta, léense las firmas del Presidente Municipal, don Francisco Chaves Castro y Regidores y éstas: Clodomiro Echandi, Nicolás Chavarría, Reca-

redo Bonilla, A. Alvarado, Carlos Durán, Gregorio Martínez, Joaquín Monge, Jesús Salazar, Maurilio Alvarado, Rafael Dengo, Fidel Tristán, Mauro Fernández, Gerardo Castro, José Vargas M., Jaime Güell, Cleto Monestel, Manuel V. Zeledón, etc., hasta en número de 173.

Preparóse así el Gobierno para su defensa. Don Federico Mora, con 200 hombres, armados como pudo armarlos, subió por el río Pacuare y desembarcó en La Esperanza; mandó un piquete a Angostura y entró él con la mayor parte de su gente a Limón. El día 25 salió de Cartago un batallón ligero a las órdenes de don Pablo Quirós, General, cuando ya la vanguardia al mando de don Jesús Brenes, Sargento Mayor, se había movido. El 26 se verificó el primer encuentro. La tropa del Gobierno fué avanzando, no sin librar cinco combates o escaramuzas, como las calificó el periódico oficial, en los puntos llamados el Zapote, Trozón, Angosturita, Platanar y Matina, hasta entrar el 1.^o de Febrero a Limón, cuatro horas después de haberse embarcado el señor Mora con algunos de los suyos. De parte de la tropa del Gobierno hubo 5 muertos y 7 heridos; de la de los revolucionarios como 100, según relación oficial, probablemente en virtud del decreto de arriba, pues el comandante de la expedición dice en sus informes, que procura cumplirlo. Se tomaron al señor Mora, 79 ri-
-les de varias clases, 8 cajas de municiones de gue-

rra, una *bandera de Costa Rica*, acémilas y monturas. El 14 de febrero hizo su entrada triunfal a esta ciudad por la calle de la **Estación**, el ejército, bajo arcos, y con tal motivo se sirvió un refresco público, durante el cual pronunciaron discursos el **Presidente** y el **General Quirós** y recitó don Pío J. Víquez unos versos alusivos al acontecimiento.

1.º de agosto de 1882

Pónese en vigor la **Constitución** que, con algunas alteraciones y reformas, rige en la **República**. Como tras larga noche poblada de sombras y terrores, la salida del sol devuelve, si no la tranquilidad, la esperanza a los ánimos abatidos, así ese acontecimiento permitió a los costarricenses acariciar la esperanza de una éra de relativo orden, no obstante que aún se respiraban los miasmas de la pasada dictadura. La gente pensadora sabía bien entonces, como ahora sabe, que la **Constitución** por sí sola no es garantía de legalidad; pero veía con júbilo desaparecer, en la forma siquiera, una situación humillante en extremo para el pueblo de **Costa Rica** y que hiciera exclamar al **Secretario de Estado** de la gran república americana: "Constitución? Constitución?... ¿Cuál es la forma de gobierno de ese país"?

4 de diciembre de 1886.

Es expulsado del territorio de la **República**, en unión de otras personas de distintas nacionalidades y

ocupaciones, el señor don Federico Proaño, en virtud de acuerdo gubernativo.

¿Habrá en Costa Rica quién no conozca o no haya oído hablar de Proaño, el genial escritor ecuatoriano que fue la delicia del país mientras en él residió?

Pues busque las colecciones de "El Otro Diario" y "La Escoba" famosa,—que ahora tendría tanto que barrer,— y lea las producciones de Proaño, sus chispeantes críticas, que hicieron enmudecer a muchos y acarrearón a su autor la expulsión. Proaño era liberal, compañero de Montalvo; a pesar de ello agradaba aquí hasta a los ultramontanos, tal gracia tenía para tratar de todo, aun de las cosas insignificantes.

El día 4 de diciembre de 1886 no es notable por sólo eso, pues durante él ocurrieron otros sucesos, antecedentes de las expulsiones decretadas. Volvió a encargarse de la Presidencia de la República el señor Licenciado don Bernardo Soto, quien el 6 de noviembre anterior la había confiado a su señor Padre, don A. de Jesús Soto, Primer Designado; se retiraron los señores Lic. don José J. Rodríguez, don Joaquín Lizano y don Manuel Aragón de los puestos de Secretarios de Estado, que desempeñaron mientras el señor Soto, padre, ejerció la Presidencia; subió de nuevo al Ministerio el Lic. don Mauro Fernández, y quedó en el de Guerra, etc., el señor Soto padre; La Comisión Permanente, en consideración a los motivos expuestos por el Poder Ejecutivo en mensaje, y co-

mo siempre ignorados por el país, suspendió las garantías constitucionales, especie de tapa que se pone y quita a gusto del conductor de la máquina; y por último, como final del espectáculo, . . . el parto de los montes: la expulsión de seis miseros mortales que ponían en peligro el Estado.

Para salir del paso en otra ocasión sin necesidad de meter semejante ruido, causante de abortos y otros trastornos, se dio en el mismo mes de diciembre de 1886 la estupenda Ley de Extranjería, que desde entonces ha servido, no para expulsar a *extranjeros perniciosos*, como mañosamente dice el decreto, sino para quitar de aquí a los periodistas o propagandistas extranjeros desafectos al Gobierno.

7 de noviembre de 1889

Como a las 5.30 p. m., un pelotón de individuos de la Policía, armados, sale de su cuartel y marcha por las calles centrales de esta capital, amenazando a los habitantes sorprendidos y vitoreando al señor Licenciado don Ascención Esquivel, candidato oficial a la Presidencia de la República, y a su partido, derrotado por el Constitucional en las elecciones practicadas durante los días 3, 4 y 5 del mismo mes. Cual si se tratase de un terremoto, la gente corre por las calles y el Parque Central, donde, por ser jueves, hay música y mucha concurrencia; se cierran con precipitación puertas y ventanas, y cunde el alar.

ma por toda la ciudad. Los constitucionales, que acaban de presenciar y soportar toda clase de ilegalidades y atropellos para arrebatárles el triunfo, ven en ese hecho incalificable de parte de los guardianes del orden, el comienzo de un atentado a la soberanía nacional expresada, anunciado en son de amenaza desde hacía meses, al decir que el señor Esquivel sería Presidente *por la razón o la fuerza*, y creen llegado el momento de defender sus personas y derechos; acuden todos los que pueden a armarse como las circunstancias lo permiten, unos con armas de fuego, otros con cuchillos, puñales o hachas, con palos y piedras otros, y obedeciendo la orden transmitida de grupo a grupo, salen a las afueras de la ciudad. Algunos dueños de depósitos de armas e instrumentos de trabajo, los tiran a la calle y los entregan a la multitud. Otros parten a avisar a los pueblos cercanos lo que ocurre. Se repican las campanas de las parroquias rurales para convocar a los vecinos, y de éstos vienen muchos a reforzar a los Constitucionales de San José en los campamentos improvisados en el Paso de la Vaca, el Hospital, la Puebla, la Dolorosa, la Soledad, río de Torres y la Estación, en la cual está el grueso de la gente, con los mejores elementos. Fórmanse trincheras o barricadas en algunos puntos. Cada campamento tiene sus jefes y todos reconocen por caudillo al señor don Rafael Iglesias. A las 8 p. m. el centro de la ciudad

está en calma y solitarias las calles. Nadie sabe lo que va a suceder. Las familias tiemblan dentro de las casas. Los constitucionales de los campamentos esperan la acción del Gobierno a la intemperie, pero favorecidos con un tiempo no sólo bueno sino hermoso. El suelo está seco y en el horizonte despejado brilla la luna, cuya luz reflejan las hojas de acero. Rondas recorren las distancias de campamento a campamento. Los esquivelistas que osan acercarse son detenidos y desarmados, y algunos, los más exaltados, son hechos prisioneros. Al efecto sirve de prisión de momento el asilo nacional de dementes, en construcción. Mientras tanto se desarrollan los sucesos. El Presidente de la República, Licenciado don Bernardo Soto se decide a depositar el mando supremo, civil y militar, en el tercer Designado (o Vicepresidente), don Carlos Durán y lo efectúa en esa misma noche, a pesar de los peligros que lo rodean, por ser esquivelistas los comandantes de los cuarteles, los militares en general y aun sus propios edecanes. No se traba, pues, combate alguno, pero realízanse hechos de sangre, sin explicación aparente; algunos, verdaderos asesinatos; son muertos don Teodorico Quirós, cuñado del Designado Durán, a la entrada del Palacio Presidencial, unos soldados dentro de los cuarteles, por descargas de fusilería hechas por tropas del Gobierno, no se sabe con qué objeto, y los señores Ramón Zumbado y Joaquín Quirós,

constitucionales, atacados al pasar por una calle ex-céntrica, por particulares contrarios. La subida del 3er. designado devuelve la confianza a los constitucionales, quienes a la mañana siguiente deponen las armas y se disuelven sin tomar venganza.

Triunfó así el régimen legal de cuantos obstáculos le pusieron el poder y los partidarios del señor Esquivel, en aquella memorable campaña, única en la historia patria, que conmovió a la nación entera y elevó al Licenciado don José Joaquín Rodríguez a la Presidencia de la República; al señor Licenciado don Ricardo Jiménez a la del Poder Judicial y al señor Licenciado don Félix A. Montero, entre otros, al puesto de Representante del Pueblo.

El señor Licenciado Soto,—quien había manifestado desde el 1.º de mayo del propio año su resolución de retirarse del poder no obstante faltar más de un año de su período, al confiar la presidencia al señor Licenciado Esquivel en su carácter de 2.º Designado, y que había vuelto a su puesto el 10 de agosto llamado por el clamor público,—se retiró definitivamente, lavando en cierto modo su anterior explicable falta y sus complicidades: cumplió al fin con su deber. Si, como dice el filósofo griego, «el único bien que no se nos puede quitar es la complacencia de haber hecho una buena acción», el despecho, el odio y la envidia jamás podrán despojar al señor Soto de la complacencia de su proceder noble y prudente en la noche del 7 de noviembre de 1889.

La estatua de don Juan Rafael Mora

La tendencia al fetichismo es tan constante y poderosa, que crea día a día ídolos u objetos de culto. Parece como que el hombre para vivir necesitara de las divinidades por él inventadas. El autor mismo del signo del culto o de la representación de la divinidad, cae de rodillas ante la obra, ya burda, ya artística, de sus manos, le dirige la palabra cual si pudiera oírle, y le pide la merced que se le antoja, así sea la de trastornar en beneficio de él las leyes naturales.

De esa tendencia proviene también el culto a los héroes, a las personas famosas por sus hazañas o virtudes. Ciertamente que a veces son supuestos los hechos atribuidos al héroe, o han sido desfigurados o exagerados por el espíritu de partido o secta: pero para los meros creyentes todo viene a ser lo mismo. El homenaje se dirige al hecho heroico o a la virtud encarnada en el héroe.

Por consiguiente, no hay sociedad humana por insignificante que sea, que no tenga, además de sus divinidades, sus héroes, reales o fingidos. Lo corriente es que el prestigio preceda a la consagración pública del héroe. Para la estabilidad del nuevo culto,

conviene sí que después de la desaparición del héroe trascurra tiempo bastante, a fin de que no aparezcan los intereses de familia y otros capaces de empequeñecerlo, o que puedan aminorar el prestigio o quitárselo. En todo caso, con el tiempo adquieren los hechos heroicos el tono sentado y apacible, a manera de pátina moral, que los poetiza y embellece.

A tiempo, pues, le ha llegado su día a la memoria de don Juan Rafael Mora, de nuestro «don Juanito». Cerca de 69 años han pasado después de su muerte. Asimismo han muerto ya todos sus hijos y hermanos. El monumento que se le ha erigido por disposición del Gobierno, en lugar céntrico de esta ciudad, y que va a ser descubierto en breve, no representa ostensiblemente ningún interés de momento. ¡Bien por el ideal!

Por mi parte, con motivo de ese acontecimiento me regocijo de poder con sinceridad elogiar al héroe. Cuando en alguno de mis paseos por la ciudad, llegue frente a la estatua de don Juanito con mi tierno compañero Alfonso, el menor de mis sobrinos, podré decirle, no que aquél fue Presidente de la República por muchos años y que como gobernante favoreció a sus numerosos parientes y amigos, sino que dio muestras de extraordinario valor y de energía ejemplar.

Sí; ¿cómo no sentir verdadera admiración por el hombre que hallándose de jefe de Costa Rica, se

lanzó con ésta a la guerra contra las huestes de los filibusteros norteamericanos que se habían adueñado de Nicaragua, y a quienes suministraba recursos y ayuda una empresa de los Estados Unidos?... Lo hizo en aras de lo que estimara el deber de legítima defensa, en condiciones de manifiesta inferioridad, y arriesgó hasta su vida, él, que no era guerrero. El arranque sin igual en nuestro país, de don Juanito, hasta quijotesco debe parecerles a los hábiles calculadores y oportunistas de la época actual. ¡Noble quijotismo digno de la sangre española, y esta vez triunfante a costa de enorme sacrificio!

Con razón el eximio orador cubano Dr. don Antonio Zambrana, refiriéndose a dicha guerra, con frase elocuente exclamara:

«Por lo que en aquellos días se hizo; por la sangre de vuestros padres vertida, por su indiferencia hacia la muerte por ellos heroicamente desafiada, por privaciones y dolores cuyo recuerdo hace palidecer, por su ingente ánimo, por su empeño vigoroso, por su resolución inquebrantable, por el pecho firme que opusieron, como muro no tomado, al paso del conquistador, sois ahora un pueblo, una sociedad que vive por sí, un grupo humano que tiene personalidad y nombre propio: suerte envidiada por otros sin ventura, destino en realidad grande y hermoso! No fue aquella una de esas guerras que llenan con su estrépito el mundo, notable por los grandes ejércitos que

pelean, por el lago de sangre que dejan a su paso; no hay en ella nombres como Austerlitz y Marengo, o como Solferino o Sadowa; recuerda, empero, otras que tienen página más brillante y leída en el libro de la historia que todas las campañas napoleónicas: las hazañas de las diminutas repúblicas griegas cuando fueron asaltadas por el Asia: vosotros tenéis vuestro Maratón y vuestra Salamina, tenéis un recuerdo nacional glorioso que hace pensar en el desfiladero de las Termópilas. ¿Qué importa, en realidad, el número de los combatientes y el fragor de las armas? Para fijar el valor humano del suceso, lo que hay que establecer es el carácter de la lucha, la causa de la pugna, las virtudes de los que combatieron, el resultado que pendía de la victoria. Lucha de menor tamaño fue la de los Horacios y Curiacios, que ha inmortalizado la Historia; luchas análogas en el tamaño a la vuestra son las que dibujó en mármol indestructible el estilo de Homero. Soldados fueron los vuestros de la libertad y la justicia; la falange de la patria; el regimiento que bastó para afirmar en América la independencia de nuestra sangre, el derecho de posesión de nuestra familia, un grupo, sí, pero un grupo de leones; día es este que conmemoramos en que, por lo mismo, debéis traer ante el pensamiento la imagen de aquellos soldados humildes, de aquellos próceres modestos, de aquella democracia sin oropeles, de aquellas costumbres sin

vicio, de aquel heroísmo sin arrogancia, de aquel pueblo sencillo y valiente, laborioso y honrado,—oportunidad, escenario y personal del drama patético y solemne que dejó, en su desenlace, alta y bordada de laurel vuestra bandera, limpio de extraña opresión el patrio suelo, cimentada entre vosotros la tradición gloriosa de que la tempestad de la guerra barriendo e incendiando los hogares, la casa sin hijos, la colmena sin abejas, los pensiles sin flores, los pequeños huérfanos, las doncellas sin novio, la madre anciana sin amparo, el veneno de la peste unido a la segur de la batalla, el campo abandonado, la cosecha perdida, la semilla seca y aventada, el hospital lleno de enfermos, la llanura llena de tumbas, los sobrevivientes inválidos o heridos, el ahorro gastado, la caja de la Nación vacía, los caminos sin componer, el taller cerrado, la escuela sin maestros y sin discípulos;—la tradición gloriosa de que el desastre y la muerte, el suicidio de un pueblo, toda desgracia sin excepción es preferible a la vileza del extranjero despotismo». (*)

Ni los males sin cuento de la guerra, ni los horrores del cólera morbo que diezmará a la población de Costa Rica, traído por la desbandada tropa, ni las dificultades consiguientes, abatieron a nuestro Presidente. Y en la célebre DECLARACIÓN que junto con el Presidente Martínez de Nicaragua, firmara en

(*) Fragmento de un discurso pronunciado el 1.º de mayo de 1895 en San José, y recompuesto sobre notas taquigráficas.

Rivas a 1.º de Mayo de 1858, un año después de la guerra, se le ve de nuevo en actitud valiente, ya no sólo con respecto a los que proyectaran invadirnos otra vez, sino también con respecto al Gobierno de los Estados Unidos que, de manera hipócrita, se decía impotente para impedir nuevas tentativas de los filibusteros. En dicho documento se calificó a los agentes oficiales del mismo gobierno de «cómplices y auxiliares de los invasores». Al fin, en la solemne declaración que contiene el propio documento, se lee lo siguiente: «1.º Que ponen el precitado convenio referente al Canal de Nicaragua bajo el patrocinio de la culta Europa, apelando a la justicia y humanidad de todos los pueblos cristianos, contra los ataques de piratas y bucaneros, de quienes han sido víctimas durante tres años». (Nicaragua y Costa Rica, se entiende). «2.º Que ponen la independendencia y nacionalidad de las Repúblicas de Nicaragua y Costa Rica bajo la garantía de las tres potencias que hicieron respetar la independendencia y nacionalidad del Imperio Otomano: Francia, Inglaterra y Cerdeña». Etc. Las rectificaciones o explicaciones que, obligados por las circunstancias hicieron luégo los firmantes, no aminoran en mi concepto, el acto de valor y energía, el cual produjo en el mundo gran efecto.

No toleró don Juanito como Presidente la intromisión del poder religioso en los asuntos del Estado y cuando lo estimó necesario, extrañó del territorio de la República al Jefe de la Iglesia Católica, como años después lo hiciera también el Presidente Ge-

neral don Próspero Fernández. Sin necesidad de examinar la causa de la expulsión, cuya responsabilidad corresponde al que la decretara, el acto da la medida de la entereza del gobernante.

Y, por último, la misma desgraciada tentativa para, por medio de la fuerza y luchando en persona, recobrar el poder de que fuera derrocado, es prueba del carácter franco y valeroso de don Juanito. No humilló al país, cuyos destinos presidiera gloriosamente, con la intervención de gobierno extranjero, y murió en su empeño como un hombre.

El heroísmo de don Juanito es verdadero y así tiene que juzgarlo todo el que se entere de sus grandes actos. ¡Que el culto que siempre se le rinda sea el de las virtudes indicadas y que su ejemplo inspire a los hombres públicos costarricenses!

ALFONSO JIMÉNEZ

San José de Costa Rica, abril de 1929.

Como positivista, he caminado paso a paso y cautelosamente, en la medida fijada por mi pequeña estatura, apartando de mis ojos todas las GRANDES PRETENSIONES, absteniéndome de querer resolver con mi ABC de conocimientos ningún problema, difícil de filosofía o de economía política.

e.j.r.

Anecdótico de Julio Vives Guerra

La ingeniosa dama doña Elena Mirilla, que tenía siempre a flor de labio una frase mordaz, aplicaba ésta con frecuencia contra el gobierno conservador y contra los personajes de la Regeneración, a la cual llamaba "el vampiro político".

Doña Elena vivía en una quinta llamada Tucumán, situada en el camino de Bogotá a Chapinero, y naturalmente, en el carro del tranvía iba no pocas veces acompañada por altos personajes que también habitaban en aquellos lados, y con ellos departía regocijada e ingeniosamente.

En estos tiempos se publicaban en Bogotá "La Nación", periódico conservador, y "La Reforma", periódico liberal, y entonces, como hoy, los voceadores subían a los carros a ofrecerles la prensa a los pasajeros.

Una vez iba doña Elena en un carro, sentada entre el general Rafael Reyes y el general Carlos Cuervo Márquez, cuando subió al carro un voceador de periódicos y ofreció "La Reforma" y "La Nación".

Doña Elena le pidió al vendedor un número de "La Reforma", que ya dije era liberal; pero el granuja, equivocadamente le entregó un número de "La Nación", el periódico conservador.

La epigramática dama, que notó el error, le preguntó:

—Tú eres conservador?

—Sí, señora—contestó el rapaz.

Entonces doña Elena, dirigiéndose a sus dos acompañantes los generales Cuervo y Reyes, les dijo:

—Se conoce que este chico es conservador.

—Por qué, mi señora?—le preguntó el general Cuervo Márquez.

—Porque ustedes los conservadores, cuando se les pide reforma venden la nación.

* * *

Hace muchos años desempeñaba el poeta Jorge Pombo no sé qué empleo en la legación de México.

Como no podía menos de suceder, Pombo se relacionó con lo más escogido de la intelectualidad de aquel país y, naturalmente, con sus colegas de las otras legaciones.

Una vez hallábase el poeta, con unos bardos mexicanos y con algunos empleados de las otras legaciones, en un café, departiendo pacíficamente y tocaron, como es costumbre entre compañeros de distintas nacionalidades, el tema del progreso de sus respectivos países.

Todos los contertulios eran personas corteses, y cada uno de ellos dióse a alabar los países a que los demás pertenecían, como los dos héroes del poema de Campoamor.

“Y después de halagarnos obsequiosos del patrio amor el puro sentimiento, entrambos nos quedámos silenciosos como heridos de un mismo pensamiento”.

Pombo y sus compañeros no “se quedaron silenciosos” sino que, como personas bien nacidas, se manifestaron mutuamente su agradecimiento.

En el curso de la conversación, el secretario de la legación peruana, que no conocía a Bogotá y era un limeño de cortesía refinadísima —porque la alta sociedad de Lima y la de Bogotá figuran como las de más exquisita educación entre las de las capitales hispanoamericanas—, le dijo a Pombo:

—Por las monografías que de Bogotá he leído, señor Pombo, sé que esa ciudad está bañada por tres ríos: el de San Agustín, el del Arzobispo y el de San Francisco.

—Sí .. señor... tartajeó Pombo, tragando saliva, porque recordó que los tres ríos sudan para arrastrar un corcho,

—Efectivamente— agregó el secretario de la legación argentina—; no recordaba yo los nombres; pero si sabía que a Bogotá la bañaban tres ríos.

Y como es natural —agregó el secretario de la legación chilena— esos tres ríos contribuirán en gran parte al progreso de la ciudad.

—Son navegables los tres ríos?— preguntó el secretario de la legación de Venezuela.

Entonces Pombo que había permanecido callado, se incorporó, copa en mano, y exclamó:

No sé si son navegables;
pero sé que son vadeables
esos tres ríos, señores;
y su caudal y corriente
hacen que constantemente
suban y bajen vapores.

* * *

Como las ciudades de Ipiales y Tumaco, a más de ser fronterizas, son igualmente aficionadas a las riñas de gallos, no son raros los desafíos entre ciudad y ciudad, a los que acude mucha gente, ya se trate de que los colombianos vayan a Tumaco o de que los ecuatorianos vayan a Ipiales.

Es o era intendente o jefe político de Tulcán un respetable caballero, que responde al sonoro y ponderoso nombre de Víctor Hugo Narváez, y como no quita lo Víctor Hugo a lo aficionado a los gallos, el señor Narváez vino de Tulcán a Ipiales un domingo, a ver unas muy sonadas riñas de gallos que se anunciaban, para las cuales, según decires, traían los ecuatorianos, “de tapada”, un gallo regio.

Llegaron a Ipiales los ecuatorianos, se hospedaron en el mejor hotel de la ciudad y, después de descansar un rato, se dirigieron, en animado desfile, a la gallera.

A la cabeza de ese desfile iba el intendente don Víctor Hugo Narváez, y pasaron por un café, a cuya puerta se hallaba, con un amigo, el inteligente caballero don José Antonio Cerón, persona que goza fama de ser muy ingeniosa y aguda.

El señor Cerón no conocía a don Víctor Hugo, aunque sí sabía que había llegado con sus compatriotas para asistir a las riñas de gallos, y cuando vió aquel regocijado desfile, le preguntó a su compañero:

—Cuál de esos señores es don Víctor Hugo?

—El que va adelante—le respondió el amigo.

—Ah....! Entonces los que van detrás deben de ser “Los Miserables”.

* * *

Salía el general José María Córdoba de Medellín para Ríonegro de Antioquia, a ponerse al frente de sus tropas leales y a organizar la campaña que terminó con el martirio del Santuario; esa campaña nefasta en que el héroe murió felonamente asesinado, muerte de la cual podría decirse, como de la del conde de Villamedina:

“El matador fué Bellido
y el impulso soberano”.

Salsa Córdoba, repito, y detuvo su caballo un momento al pie de la casa en donde habitaba su hermana doña Mercedes.

Desde abajo gritó:

—Mercedes, adiós!

Doña Mercedes acudió corriendo y se asomó al balcón.

—Te vas ya?—le preguntó.

—Sí, me voy a ver si acabo con esos arrastrados.

—Sí, hermano—repuso doña Mercedes—. Dáles en todo el empate a esos traidores.

E inmediatamente, entusiasmada, lanzó un muera.

—Mueran los traidores!

Mueran!—corearon todas las personas que se habían reunido y rodeaban al héroe.

—Viva el general Córdoba! —gritó de nuevo doña Mercedes.

—Viva!—corearon todos.

El general Córdoba, arrugando el apolíneo entrecejo, dijo dirigiéndose a su hermana:

—Mercedes, las mujeres no deben meterse en política. Eso se queda para los hombres.

—Pero, Pepe—contestó la dama, un poco picada—las mujeres también tenemos corazón.

—Bueno hermana; pero es muy feo que se metan en política.

—Es que las mujeres no sólo tenemos corazón sino que también tenemos calzones.

—Es cierto, hermana —agregó Córdoba sonriendo—; pero los calzones de las mujeres no se deben mostrar.

Queremos la enseñanza privada, sin exámenes, sin diplomas, y orientada en todas direcciones. Somos enemigos de toda *polarización* escolar, cualesquiera que sean su nombre y su forma.

Letras viejas

Es permitido aprender aun del enemigo

(ARTÍCULO DE 1899)

Recomendamos a los estudiantes la lectura atenta y completa del discurso pronunciado por Emilio Forgue en la sesión de nueva apertura de las Facultades de Montpellier, el 4 de noviembre último.

Para nuestros otros lectores, extractamos los pasajes de interés más general.

En la conclusión del estudio del eminente profesor brilla una de las ideas que hace poco expresaba, con humor juvenil y acierto de sabio, nuestro querido Dr. Ferraz, en una de sus magistrales fraternas.

FAS EST AB HOSTE DOCERI

EMPÍRICOS Y CIRUJANOS

I

Empirismo, hablando de Cirugía, quiere decir práctica quirúrgica fundada en los datos de la experiencia. Cómo se ha formado esta experiencia, por cuáles audacias fortuitas ha principiado, mediante cuáles empresas operatorias, ordinariamente

independientes de reglas y doctrinas, ha progresivamente crecido en el tiempo hasta llegar al soberbio desarrollo que ha marcado el fin del siglo XIX: hé ahí una indagación histórica que nos reserva curiosas revelaciones.

Para un estudiante de la generación nueva, parece que la cirugía contemporánea haya surgido de golpe, con el advenimiento de la antisepsia, como por revelación súbita y total. Es una tendencia de espíritu que constatamos en los exámenes y de la cual somos algo responsables: nuestra enseñanza va a lo más urgente, esto es, a la exposición y a la prueba de las adquisiciones definitivas, presentadas en su forma moderna.

Y, sin embargo, ¡qué provecho para la verdad, qué ensanche filosófico para el pensamiento, seguir desde sus esbozos empíricos, las grandes cuestiones quirúrgicas, buscar el origen y las transformaciones sucesivas de las concepciones operatorias y de sus procedimientos de realización!

Esos precursores de todos los tiempos, aquellos cuyo espíritu ingenioso se ha aplicado a paliar el sufrimiento humano, se levantan a nuestra vista en todo su relieve. Es una misma la raza de los espíritus de vanguardia que encontramos en las diferentes etapas de nuestro estado: desde nuestros más lejanos antepasados, aquellos misteriosos trepanadores de la edad prehistórica; desde los primeros curanderos que canta la Ilíada, hábiles para extraer flechas y cuidar heridas; desde los emprendedores

prácticos de la Escuela de Alejandría que, 300 años antes de la era cristiana, abrían el vientre para curar la obstrucción intestinal o para evacuar los abscesos del hígado; hasta los sajadores de los siglos XV y XVI, verdaderos andarines de la profesión, que corrían de ciudad en ciudad, tallando a los calculosos, operando hernias, batiendo cataratas; hasta los compañeros barberos que han sido los soldados gastadores de la cirugía francesa; hasta los innovadores, más vecinos de nosotros, que han osado apartarse de las reglas y prohibiciones clásicas, y que, con atrevimientos imprevistos, han conquistado dominios declarados inaccesibles por la cirugía oficial.

Es de esa prole de audaces, de pensamiento resuelto, mano presta e iniciativa animosa, de la que ha salido el operador moderno, heredero favorecido de ese trabajo acumulado y de esos experimentos peligrosos. Y es el caso de repetir, al cabo de más de 5 siglos, la declaración figurada que Guy de Chauliac inscribía, en 1363, en su dedicatoria a la Facultad de Montpellier, orgulloso de ser su alumno: «Las ciencias son hechas por adiciones, no siendo posible que uno mismo principie y termine: somos como niños prendidos del cuello de un gigante; porque podemos ver cuanto ve el gigante y algo más.»

Sorprende de veras encontrar formuladas desde la más remota antigüedad de nuestro arte, las reglas fundamentales de la moderna curación de las heridas.

La sutura inmediata; la antisepsia de los tópicos, la asepsia o supresión preventiva de los gérmenes, todo ello es historia antigua, y hay verdaderamente en la evolución de la cirugía, retrocesos u olvidos que no se comprenden.

No hay parte de nuestro dominio en donde no encontremos la huella de antecesores empíricos; hay pocas ideas quirúrgicas que no hayan sido varias veces inventadas por hombres oscuros o extraños a nuestra profesión.

El encanto y el valor instructivo de la consulta hecha al pasado, está en elevarnos, por encima de la tarea diaria y del estudio especial, hacia aquellas ideas generales que afirman las relaciones de las ciencias y su unidad esencial. Llegamos así a este concepto fecundo de la agrupación universitaria, que tiende a la penetración mutua de los estudios y a la aproximación de los cerebros. Si hay una circunstancia en la cual el profesor de Facultad sienta que también es profesor de Universidad, es en esta sesión, en que tenemos la ocasión anual de hablar a nuestra común juventud universitaria, y en que se afirma públicamente, en una ciudad tan adicta a sus escuelas, aquella colaboración que asocia, en amplia síntesis, todo el esfuerzo de enseñanza, todas las fuerzas de investigación.

II

¿Cómo ha sido conducido el espíritu humano al descubrimiento empírico de un socorro quirúrgico, ya sea la invención de un procedimiento de curación o

de un instrumento, o ya la concepción y ejecución de un acto operativo nuevo? Según Robin y Littré, los empíricos admiten como base de su arte tres fuentes, que Glaucias llama el trípode de la medicina: 1.º la casualidad que suministra hechos a nuestra observación; 2.º la experimentación; 3.º la imitación.

¡La Casualidad! En materia de cirugía, como en el arte de la guerra, hay que admitir que representa un papel a veces considerable: Federico el Grande no hablaba sino con respeto de su "Majestad la Casualidad."

La casualidad interviene en muchos descubrimientos, encontrando el hombre lo que no busca. Busca una vía nueva hacia las Indias y descubre el Nuevo Mundo; persigue la quimera geométrica de la cuadratura del círculo y encuentra bellos teoremas de gran uso; prepara la astronomía haciendo la astrología, crea el primer fondo de la química moderna aplicándose a los sueños de la alquimia y a la persecución de la piedra filosofal. Zenker busca ciertas alteraciones del sistema muscular en la fiebre tifoidea, y descubre la triquina.

Semejantes descubrimientos son una especie de dicha: pero una dicha que no cae a todo el mundo. Como dice Malgaigne, hablando de A. Paré: "No era casualidad aquella rapidez y profundidad de juicio, aquel atrevimiento de resolución, que le condujeron, joven, sin nombre y sin autoridad, a combatir una doctrina universalmente admitida."

En el comienzo de todas las ciencias lo imprevisto y la fortuna intervienen siempre. En un discurso, pronunciado en 1886, Bois-Reymond decía: "Hace 100 años, Galvani, en la azotea de su casa, vió unas ranas, suspendidas mediante arcos de cobre a una barandilla de hierro, contraerse por efecto del contacto de los dos metales. En presencia de los hilos telefónicos que atraviesan nuestras calles (y nosotros podríamos agregar: en presencia del alumbrado, del transporte de fuerzas, de los rayos X, etc.) el hombre de ciencia se siente penetrar por un justo orgullo, reflexionando en lo que el genio y la industria han hecho salir de un germen tan oscuro y, en apariencia, tan insignificante; y se pregunta con Gherardi cuál habría sido la marcha de las cosas si aquella barandilla, en vez de ser de hierro, hubiera sido de piedra o de madera."

Con el tiempo, el campo del empirismo ha crecido. El hombre no se ha contentado con la observación o la experiencia fortuitas: por curiosidad, por necesidad o por espíritu de aventura, ha extendido sus ensayos; ha experimentado. El arsenal terapéutico de nuestros colegas de medicina, no ha sido constituido sino por esta experimentación. Montaigne, ese gran escéptico en materia médica, ha pintado con naturalidad cáustica el embarazo experimental del hombre "mirando a su derredor el número infinito de cosas, plantas, animales, metales," no sabiendo dónde comenzar su ensayo y fijando su primera fantasía terapéutica en el cuerno de ciervo.

En cirugía, la experimentación tenía más peligro o comportaba mayor responsabilidad aparente. Esto no ha incomodado a los primeros investigadores. Herófilo, uno de los más audaces espíritus de la Escuela Alejandrina, disecciona vivos los criminales que le entrega el rey de Egipto: es por esta culpable vivisección y merced a aquellos sufrimientos humanos, que Herófilo y Erasistrato se inician en la cirugía visceral y se atreven, tres siglos antes de nuestra era, a abrir por la parotomía los abscesos del hígado, intervención que no debía ser repetida sino a fines del siglo XIX: ellos se adelantaban, pues, de 2200 años a la operación de Stromeyer Little.

La imitación, tal es la tercera fuente de las nociones empíricas. Imitar la Naturaleza en sus manifestaciones espontáneas, esto es lo que ha hecho de mejor el hombre. ¡Qué de obstáculos al progreso, qué de atrasos por haber desconocido esta ley elemental! Nosotros somos los ministros y no los amos de la Naturaleza; y, según el axioma hipocrático, debemos conducirla hacia donde ella tiende.

* *

Voltaire ha dicho que precisa tener el diablo en el cuerpo para hacer algo bueno, y Diderot ha declarado que aun para hacer alfileres hay que sentir el amor de su estado. Tal es la cualidad que se encuentra en todos los iniciadores: son movidos por una ardiente voluntad, por una fe profunda en sí mismos, por el fuego sagrado que constituye la vocación.

En materia de medicina y cirugía, el espíritu de caridad y de socorro ha sido también frecuentemente la mejor inspiración de la asistencia empírica. Como ha dicho elocuentemente Ledouble: "hijas de la caridad y del sufrimiento, la medicina y la cirugía, han nacido con la primera queja y la primera herida, en la oscuridad de las cavernas, donde se refugiaban nuestros salvajes antepasados, los trogloditas de las edades de piedra". ¿No son la compasión y la piedad, fecundas en recursos, las que dictan a las madres, a las esposas, a las hermanas de caridad, esos cuidados imprevistos, tan dulces a los operados y a los heridos, esos pequeños socorros que no se leen en los libros y que mitigan el sufrimiento y, a menudo, deciden de la curación?

III

Un rasgo completa esta psicología de lo empírico: el carácter inexplicado e irregular de su arte, la novedad de sus recursos, que se interpreta como poder misterioso de curación, el atractivo de lo maravilloso, al cual cede el espíritu humano con tanta credulidad. Entre el hombre de ciencia y de consciencia y el empírico poseedor de secretos, el público no vacila: ¡qué de veces no le vemos todavía abandonarse al empírico y no acudir a nosotros, sino cuando la hora de la intervención eficaz ha pasado!

Se jacta úno de espíritu crítico y de orgullosa incredulidad, y conserva, por lastimoso contraste, la peor credulidad en lo tocante a este bien tan frágil,

la salud! El ejemplo viene de arriba: los grandes se muestran, en semejante materia, más crédulos que el mismo pueblo.

¿No se ha visto a un profesor de Facultad, Velpeau, ilustre cirujano de la Caridad, abrir sus puertas a un negro que se decía especialista en cánceres y cuya ignorancia y mala fe habían sido ya desenmascaradas en el Hospital de cancerosos de Londres? Ved a este empírico en escena, tal como lo pinta una crónica de aquel tiempo: "Es un mulato grande y de fuertes músculos; viste de negro y luce una corbata de blancura inmaculada. Mira apenas a sus enfermos, y si palpa un tumor canceroso, es casi maquinalmente y con semblante distraído. Se hace el meditabundo y sus preguntas son invariablemente las mismas: *¿Usted sed?* *¿Usted ir excusado?* *¿Apetito?* Distribuye píldoras, toca los cánceres ulcerados con un polvo cáustico; y cuando se le objeta un descalabro, se enoja: "No he dicho curado; aún dos meses tomar píldoras." Es sin embargo hacia ese famoso doctor negro donde afluyó durante meses la triste multitud, siempre engañada, siempre confiante, de los cancerosos inoperables.

Pero este es el empirismo charlatanesco, el mal empirismo, el que nunca ha prestado servicios a nuestro arte, el que explota la imaginación confiante de la multitud, su falta de sentido crítico, el contagio de la moda, el gusto o la necesidad de lo maravilloso. Sucedió a Sabatier, cuyo tratado de medici-

na operatoria hizo época, una picante anécdota, que Malgaigne ha finamente contado.

Sabatier, en sus horas libres, recorría las plazas públicas y se detenía con gusto ante esos curanderos al descubierto, que, no teniendo a su disposición periódicos, reunían a sus parroquianos a son de trompetas y tambores. Un día, estaba observando a uno que, de pie en espléndido carro forrado de rojo, maravillaba al pueblo con su elocuencia... Cuando el orador notó al grave personaje que le escuchaba a distancia con las manos cruzadas sobre el bastón, hizo una pausa en su discurso. Lanzada la frase trivial de que «él no se parecía en nada a sus colegas, gentes de poco talento; que él era conocido por todos los sabios, cuya aprobación no le había faltado nunca.»—“Ved, dijo de repente, a aquel anciano que me escucha, bien se ve que es un hombre de estudio y de saber: voy a conversar con él en la lengua de los sabios, que es el latín, y en dos minutos le habré puesto de mi lado.”—“Vamos, señor, exclamó: esta es la tesis que le someto: *Vulgus decipi vult.*” (1) — Es cierto, responde Sabatier, sonriendo y bajando la cabeza; siempre ha sido así.—“Y bien, replica el otro, saquen Uds. la conclusión: *ergo decipiatur!*” (2)

* * *

Señores Estudiantes: Me ha parecido que estos

(1) — Al vulgo le gusta ser engañado.

(2) — Por consiguiente, sea engañado!

ejemplos podían daros una alentadora lección de acción individual y de iniciativa. Es una satisfacción intelectual y una confortación moral el vivir algunos momentos cerca de aquellas personalidades fuertes e iniciadoras, de las cuales debemos conocer el genio oscuro, aplaudir el esfuerzo independiente y clasificar la obra creadora. Ellos han sembrado al acaso muchas ideas que apenas hoy dan su cosecha. Sucede con las ciencias lo que con las naciones: su forma actual no debe hacernos olvidar su historia pasada.

E. J. R.

ACLARACION

De tiempo en tiempo debemos repetir que en esta revista seguimos la ortografía de la Academia Española con las variantes que se le han hecho en Colombia. Así, por ejemplo, escribimos:

Amamos,	en	presente;	y	amámos,	en	pasado.		
Dividimos,	en	presente;	y	dividímos,	en	pasado		
Fui y fue,	del	verbo	ser;	y	fuí y fué,	del	verbo	ir
Luego,	como	equivalente	a	por	consiguiente			
Luégo,	„	„	„	después				
Aun,	„	„	„	hasta				
Aún,	„	„	„	todavía o además				
Fuéra,	„	„	„	afuera				
Úno,	„	„	„	se,	pronombre	impersonal		
Talvez	„	„	„	acaso,	quizá.			

Notas de historia natural

de hace medio siglo

I

LA MUSICA DE LOS INSECTOS

Entre los naturalistas que han estudiado el canto de los insectos están J. H. Fabre, Girard y Enrique Coupin. Sus estudios nos han servido para la redacción de las siguientes líneas, cuya forma misma hemos procurado que sea la de los propios autores.

Aunque menos melodiosa que la de los pájaros, no falta encanto a la música de los insectos. Dos o tres notas bastan a veces a cada uno de ellos; pero como generalmente se hacen oír cuando el sol alegra la Naturaleza, el hombre concluye por asociar en su mente el canto de los insectos y el gozo que le procura el buen tiempo.

En los pájaros y en los mamíferos, el canto y la voz son producidos por el aire que ha servido para la respiración. En los insectos, casi nada de análogo se observa: los sonidos provienen casi siempre del frotamiento de dos partes duras. Estridor, no canto, es el suyo.

Uno de los aparatos estridentes más simples es el de los acridianos, que, en la categoría de los músicos, deben figurar como violinistas. Su aparato, en efecto, se

resume siempre en un arco—las patas,—frotando contra las alas—el violín.— A pesar de la imperfección de este instrumento, su sonido se oye bastante bien: para producirlo, el insecto se pára en las patas delanteras y dobla las patas posteriores; de modo que la pierna se aloje en una muesca del músculo. Luégo entran en movimiento los arcos, sea a la vez, sea uno después de otro, provocando un rechinamiento que parece dar placer al insecto, casi como el hombre que se frota las manos para expresar su satisfacción. Los grandes músicos ejecutan su estridor de un modo continuo; los otros se dan sus tiempos de reposo. Gran número de ellos, especialmente las hembras, ejecutan los mismos movimientos; pero sin que nosotros percibamos sonido: ¿depende esto de la imperfección de nuestros oídos? ¿o bien, aquellos movimientos son producidos simplemente por espíritu de imitación?

El canto de los acridianos es sin ninguna duda una manifestación amorosa. Cuando una hembra está vecina, el macho baja el tono, suaviza sus acentos y no deja oír más que un estridor dulce y tierno, el canto venéreo.

Si los acridianos son violinistas, los locustianos son verdaderos aficionados a la pandereta. En ellos los sonidos son producidos por la fricción de los élitros, que entran en vibración como membranas de tambor, con la diferencia de que nuestros tambores vibran por percusión.

El instrumento del grillo obedece al mismo principio que el de los locustianos. Subiendo más o menos los élitros, los grillos pueden dar a su gusto sonidos brillantes o apagados. Cuando se encuentra uno en un campo, habitado por grillos, nota fácilmente que todos cantan al mismo tiempo, haciendo coincidir los silencios; lo cual prueba, entre paréntesis, que se oyen bien unos a otros. Para cantar, los grillos se asoman a la puerta de su hueco o aun salen a algunos centímetros de distancia. Si se acerca alguien, cesa la canción del grillo más próximo, pero se percibe la de los huecos vecinos.

Como rey de los músicos entomológicos, el grillo tiene un rival más célebre que él: la cigarra. Los griegos estimaban en mucho el canto de este insecto: Homero y Anacreonte lo han celebrado en verso, Platón en prosa. Los latinos, al contrario, no lo han aplaudido mucho.

Es difícil ver el aparato sonoro de la cigarra: se parece en todo al juguete estúpido llamado *cri-cri*. Uno y otro aparato suenan por la deformación de una lámina sólida, que vuelve luego a su estado primitivo. El canto de la cigarra se subdivide en estrofas de algunos segundos, separadas por cortos intervalos. Sucede a veces, sobre todo en las horas pesadas de la tarde, que el insecto, embriagado de sol, abrevia y aun suprime los silencios. El canto es entonces continuo; pero siempre con alternancia de *crescendo* y *decreciendo*. La orquesta principia hacia las 7 de la mañana y no cesa sino al morir del día. Cuan-

do se coge una cigarra y se le encierra, no cesa de cantar, contrariamente a la mayor parte de los insectos, y aun lanza verdaderos chillidos de terror.

Como muchos otros insectos estridentes, las cigarras parecen cantar por simple placer personal. Estando siempre los machos al lado de las hembras, no se ve por qué habrían de dirigirles durante meses enteros sus romanzas de amor. Las cigarras parecen sordas, puesto que se puede hacer estallar en la vecindad un cañonazo sin interrumpir su canción. Las hembras no cantan nunca, son mudas; lo cual hacía decir a Xenarca que sus esposos eran los más felices de los maridos.

A más de los príncipes de la música que acabamos de citar, hay gran número de insectos modestos que no dejan oír generalmente sino un rechino poco interesante.

En cuanto a los insectos zumbadores, a los cuales pertenece la mosca común, diremos solamente que su zumbido es el producto de tres sonidos diferentes: el sonido más bajo es producido por las vibraciones de las alas y los balancines; el que sigue en altura es debido al frotamiento convulsivo de los anillos abdominales unos contra otros; el tercer ruido, en fin, parece producido en las tráqueas por el aire expirado, en un aparato que recuerda algo la laringe de los animales superiores.

II

EN DEFENSA DEL TOPO

(De Arturo Mansión)

En atención a los servicios incontestables que el topo presta al cultivador purgando el suelo de gusanos e insectos, ¿es preciso considerarlo como un *auxiliar* y tolerarlo en los campos? o bien, a causa de sus excavaciones, ¿conviene considerarlo como un *devastador* y exterminarlo completamente? El caso está aún en litigio.

Aunque los experimentos de Flourens han demostrado la falta absoluta de apetito del topo para lo que es de naturaleza vegetal, subsiste todavía en muchos lugares la sensible creencia de que el topo se alimenta de las raíces y porciones subterráneas de las plantas, ocasionando grave mal a los agricultores. El mismo ilustre Buffon aceptó este error.

Si los experimentos de Flourens, repetidos por diversos sabios y verificados punto a punto por mí mismo, no bastan para establecer perentoriamente el régimen carnívoro del topo, es fácil, para disipar las últimas dudas, recurrir al medio por el cual Hart Merriam ha probado recientemente que las focas de la Costa de California se alimentan de cefalópodos y no de salmones: este medio consiste en explorar el contenido del estómago de los animales incriminados. Por tal procedimiento de investigación, al alcance de todos, me he convencido de que nunca, en ninguna parte, se ha descubierto en el vientre

de un topo la menor brizna vegetal. Este año mismo, en 27 de estos animales, cogidos en trampas por un cazador de topos, he encontrado estómagos henchidos de larvas, insectos, moluscos, gusanos, en una palabra henchidos de la caza habitual del suelo, pero nada más: ni un ínfimo pedacillo de bulbo, raíz, rizoma o tubérculo. Hay que convencerse, pues, de que, para librar a una tierra de sus peligrosos habitantes, nada vale lo que vale ese mamífero que, en menos de doce horas, consume una cantidad de alimento animal equivalente a su propio peso.

En conclusión, los topos no pueden sin peligro ser proscritos de los grandes campos: ellos limplan la tierra y, además, gracias a sus galerías subterráneas, contribuyen a desaguar y a mullir el suelo de labor. En los jardines y huertos es, al contrario, prudente exterminar los topos, porque trastornan las plantaciones y sembrados y aun comprometen la existencia de la vegetación anual. En un cercado en donde abundaran los gusanos blancos convenría sin embargo, recurrir al ingenioso medio preconizado por H. Fabre: «Si tuviera un jardín infestado, escribe este sagaz observador, hé aquí lo que haría: soltaría una media docena de topos y los dejaría en paz entregarse a sus hazañas. Terminada la exterminación de los gusanos, volvería a coger mis topos con trampas colocadas en el interior de las galerías permanentes. Obligados a pasar por ahí, al entrar o al salir, serán forzosamente apresados en un solo día.»

Redactor: E. J. R.

Hablando de Ernesto Haeckel hace medio siglo.

¿Qué es, en lo más profundo de su esencia, esta todopoderosa maravilla del Universo que el naturalista realista glorifica bajo el nombre de Naturaleza, que el filósofo idealista llama Sustancia o Cosmos y el devoto creyente, Dios? ¿Podemos afirmar hoy que los maravillosos progresos de nuestra cosmología moderna hayan resuelto este "enigma de la sustancia" o aun simplemente que nos hayan acercado mucho a la solución?

Haeckel sostiene que la esencia íntima de la naturaleza nos es tan desconocida e incomprensible como podía serlo a Empédocles hace 2400 años, a Spinoza o a Newton, hace 200 años, a Kant o a Goethe, hace 100 años. Aun más, hay que confesar que esta esencia propia de la sustancia nos parece más maravillosa y enigmática a medida que penetramos mejor en el conocimiento de sus atributos—que llamamos energía,—a medida que aprendemos a conocer sus innumerables fenómenos y su evolución. No sabemos todavía cual sea la *cosa en sí* que está oculta detrás de esos fenómenos conocibles, ¿pero qué nos importa esta mística cosa en sí, puesto que no tenemos ningún medio de conocerla; puesto que no sabemos si de veras existe? Dejemos, pues, las estériles meditaciones sobre este ideal a los puros metafísicos, y alegrémonos al contrario como físicos puros, de los progresos reales gigantescos que nuestra filosofía monista ha logrado.

Todos los otros progresos y descubrimientos de nuestro "gran siglo" son eclipsados por la grandiosa y universal *ley de sustancia*, la ley fundamental de la conservación de la

fuerza y de la materia. Ahora, dice Haeckel, el hecho de que la sustancia se encuentre por todas partes sometida a un movimiento eterno y a una continua transformación, imprime a la misma ley el carácter de ley de evolución universal. Sentada esta ley de la naturaleza y estándole subordinadas todas las otras, nos hemos convencido de la universal unidad de la naturaleza y del eterno valor de las leyes naturales. Del oscuro problema de la sustancia ha salido la clara ley de sustancia. El *monismo del Cosmos*, establecido sobre esta base, enseña el alcance universal de las "grandes eternas leyes de bronce."

Procuramos el mejoramiento de los individuos y creemos en el progreso. No nos desalientan las regresiones. Estamos convencidos de que no hay mal que no se mate a sí mismo. De ahí nuestra serenidad a la hora propia del dolor. Y llamamos *mal* a todo lo que quita acción al individuo (la enfermedad, la tiranía, etc.)

Una injusticia hecha a uno solo es una amenaza hecha a todos.

MONTESQUIEU

IDEAL Y FILOSOFIA

por A. REY y V. LAFOSSE.

(Fragmento, trad. e jr., 1916)

La ciencia o *conocimiento reflexivo* nace de una doble necesidad: la de satisfacer la curiosidad y la de atender a las exigencias de la vida cotidiana. En parte, esto es lo que expresa Platón cuando dice que la admiración provocada por la naturaleza es el comienzo de la ciencia.

Pero el mundo no se adivina de golpe; la naturaleza es de una complicación infinita, y, para conocerla con exactitud, es preciso, según lo aconseja Descartes, evitar la *precipitación* y las ilusiones de una imaginación demasiado viva, y, sobre todo, *dividir las dificultades*. La que debía ser *ciencia universal* se fraccionó, pues, en ciencias especiales o ciencias positivas: matemáticas, astronomía, mecánica, física, etc.

Esta división no es caprichosa, pero sí es artificial: el sujeto de todas nuestras investigaciones es uno solo. (Comte). Todo se entrelaza en la naturaleza y estos lazos entre las cosas plantean problemas que no pertenecen a ninguna ciencia en particular y cuya resolución no puede ser pospuesta indefinidamente. Para satisfacer la necesidad de conocer, precisa, por tanto, proseguir los ensayos de ciencia universal, y esto es lo que constituye la *especulación filosófica*.

Las ciencias son el conocimiento parcialmente unificado, la filosofía es el saber completamente unificado. (Spencer).

Además, nuestro espíritu quiere y debe apreciar los métodos que emplea. Y como las ciencias particulares deben limitarse a descubrir resultados exactos, sin discutir principios fundamentales (Aristóteles), para no estorbar el propio

progreso con cuestiones difícilmente extricables, es necesario que dichos principios sean especulados fuera del campo de las ciencias particulares. Esta especulación es la filosofía.

Hay más: para vivir, hay que obrar; para obrar, hay que saber, si se quiere que la acción sea provechosa. Obrar a oscuras es siempre peligroso. Ahora bien, las ciencias particulares—aun suponiéndolas ya acabadas—no pueden darnos sino reglas de conducta parciales e insuficientes. La mayor parte de nuestras acciones reclaman una vista general del universo, puesto que es el hombre entero, en toda su complejidad, quien debe obrar. La filosofía es, pues, necesaria para la acción, porque ella es la concepción del universo en conjunto.

Hay, por último, problemas que se apartan completamente de la ciencia, por no prestarse ni a la observación ni al experimento: los problemas llamados *metafísicos*, concernientes a la *esencia última* de las cosas, a su *origen primero* y a su *destino o fin*.

Ciertos filósofos, denominados *positivistas*, declaran que es vano el ocuparse de estos problemas, y asumen una actitud que parece la de la *sabiduría misma*. Pero, como el hombre se plantea y se ha planteado siempre tales problemas, resulta también vano el no querer examinarlos, antes de concluir que son de veras insolubles.

Por todo lo expuesto, es necesario completar los conocimientos científicos propiamente dichos, con un conjunto de especulaciones que constituyen como un ensayo de ciencia universal: este conjunto es lo que se designa con el nombre de filosofía.

La filosofía se distingue de las ciencias en que estudia los resultados obtenidos por ellas, mientras que las ciencias estudian los hechos mismos de la naturaleza. La filosofía generaliza los resultados y críticas de las ciencias.

De esta diferencia en el objeto resulta una diferencia en el método. (1) Los métodos científicos tienen todos por carácter esencial el de referirse constantemente a los hechos que la naturaleza nos presenta. El físico observa el rayo de luz blanca, nota que se refleja sobre el espejo, y cómo se refleja; que se refracta en ciertos medios, y cómo se refracta; que se descompone, al atravesar el prisma, en rayos diversamente coloreados. Su trabajo consiste en seguir paso a paso a la naturaleza. El filósofo *critica* los resultados obtenidos por el espíritu mediante la observación y la experiencia, *reflexiona* sobre estos resultados, los analiza con la ayuda de la razón sola: su método no es ya el método experimental (2).

Este cambio de método hace nacer en los resultados una diferencia muy neta, que va a servirnos también para

(1) Nuestra palabra carece de valor; pero hemos de decir que no vemos la razón para que una diferencia de objeto exija una diferencia de método. Pensamos que no hay más que una buena manera de estudiar, cualquiera que sea el objeto de estudio, y que esta manera no la hemos inventado nosotros solos, sino que es hija de la naturaleza misma; y encontramos en la aplicación de dicha manera las propias imperfecciones que encontramos en nuestra adaptación orgánica al mundo que nos rodea; a medida que esta adaptación se perfecciona, mejorándose el *instrumento de razonamiento*, se hará más fecundo el método natural, que es y será siempre el *razonamiento discursivo*.

Al lado de los positivistas a que aluden Rey y el Dr. Lafosse, hay otros filósofos que también quieren ser llamados positivistas y que, sin embargo, sólo injustamente pueden ser acusados de agnosticismo: ellos no sostienen a priori la insolubilidad de ningún problema; se limitan a afirmar su resolución de no abandonar en ningún caso el método empleado en las ciencias positivas (química, etc). Estos filósofos, si alguna vez responden «no puede o no quiero ocuparme de tal cuestión», es porque el proponente de la cuestión sienta de antemano que ella no puede ser resuelta por el razonamiento discursivo.

¿No es dicho proponente el verdadero agnosticista?

E. J. R.

(2) ¡Siempre enredados por la falta de precisión en el lenguaje! No hablemos en filosofía de observación y experiencia. La experiencia es una observación provocada. ¿Cuál es la ciencia positiva que ha podido construirse mediante la observación sola, sin crítica, sin análisis racional, sin reflexión?

E. J. R.

caracterizar la filosofía: En un trabajo científico, cuando se registra un resultado es porque ha sido verificado. Su prueba es siempre posible. En las investigaciones filosóficas, al contrario, no puede haber verificación. Toda especulación filosófica es de carácter hipotético: puede ser muy verosímil, pero no es posible dar una prueba que suprima toda razón de duda.

Digamos, en fin, cuál es la diferencia capital que separará siempre la filosofía y las ciencias. Estas tratan ante todo de darnos una representación fiel de la naturaleza, sin preocuparse de las consecuencias que dicha representación pueda tener relativamente a nosotros. Las ciencias procuran ser tan objetivas, tan poco humanas y antropomórficas como sea posible. No se preocupan—y no deben preocuparse, so pena de introducir la prevención y el error—de nuestros deseos, de nuestro destino, de nuestra felicidad o desgracia. El hombre es para ellas un conjunto de fenómenos que hay que explicar, como todos los otros, y nada más. Por tanto, no pueden ellas responder a una multitud de necesidades interiores y de tendencias que la reflexión descubre en nosotros, aunque sí puedan suministrar indicaciones preciosas para esta respuesta. Al lado de las ciencias particulares, hay por consiguiente lugar para otra tarea, hecha desde otro punto de vista: *el punto de vista humano*, poniendo al hombre por centro y buscando la *guita de su conducta* y la *orientación de sus aspiraciones*. Esta es la tarea de la filosofía. En vez de considerar la naturaleza como un objeto por fotografiar, la considera como el medio en que tenemos que obrar. Todos nuestros esfuerzos, todos nuestros estudios no valen, en suma, sino por la luz que arrojan sobre nosotros mismos, sobre nuestro destino y la mejor manera de ejercer nuestra actividad.

A Rey, *Leçons élémentaires de psychologie et de philosophie*, París, 1908.

V. LAFOSSE

Traducción libre de E. J. R.

LA SIESTA

En el cuaderno correspondiente al mes de noviembre de la revista "Selecciones del Reader's Digest" hay un importante artículo intitulado "Hace bien quien duerme la siesta". Lo malo es que en él se le da a la palabra siesta un sentido que no es el corriente. En español se llama siesta el tiempo destinado al sueño o al reposo después de comer, y el autor del artículo habla del sueño o reposo antes de comer, que la Academia Española llama siesta del carnero.

La siesta proplamente dicha ha sido muy discutida. Unos la recomiendan y otros la condenan enérgicamente. Entre éstos estoy yo.

Por lo demás, las conclusiones del artículo citado confirman los consejos que difundieron entre nosotros, hace sesenta años, don Julián Volio y otras personas de saber y experiencia.

Voy a decirle al lector joven cuáles eran esos consejos:

1) Levantarse temprano: nunca después de las 6, hora de San José, o sea las 5.30 de la hora de Washington, adoptada en Costa Rica.

2) Hacer solamente una comida principal por día, más o menos a las 12. En las tardes y noches, comer con muchísima moderación.

3) Dormir o al menos descansar horizontalmente 15 ó 25 minutos antes de la comida principal.

4) No olvidar que "también se digiere con los pies" y hacer por consiguiente un ejercicio suave después de cada comida: paseo por el jardín, una vuelta por la calle, etc.: el ejercicio agradable que las circunstancias permitan.